

# La Esfera

21 ENE 1922



Año IX Núm. 420

Precio: Una peseta



SOLEDAD, cuadro original de José María López Mezquita

# Altisenty & Co.

PELIGROS, 20  
(Esquina á Caballero de Gracia)  
MADRID  
Teléfono 37-39 M



Camisería  
Ropa blanca fina  
Equipos  
para novia

ÚLTIMAS NOVEDADES

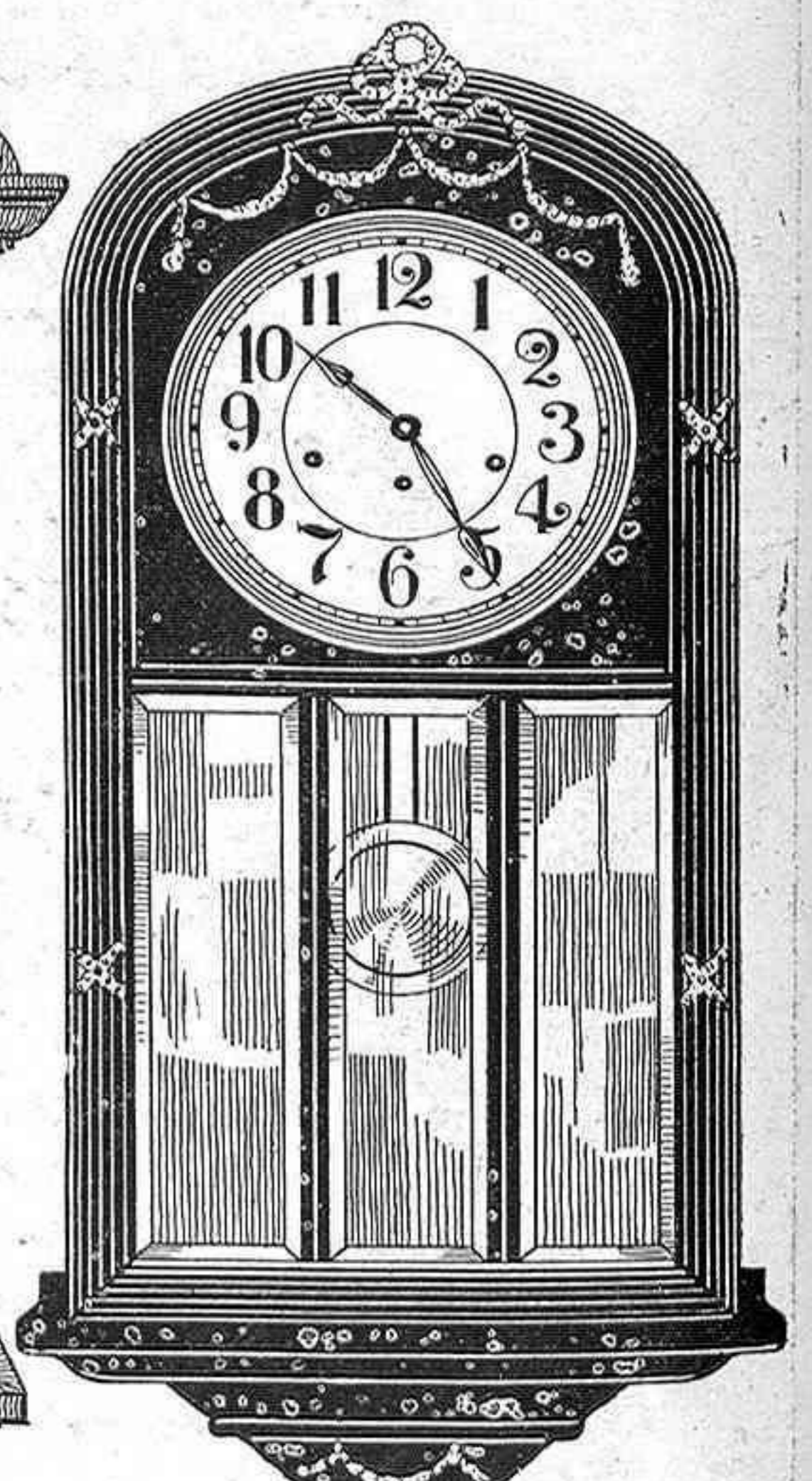
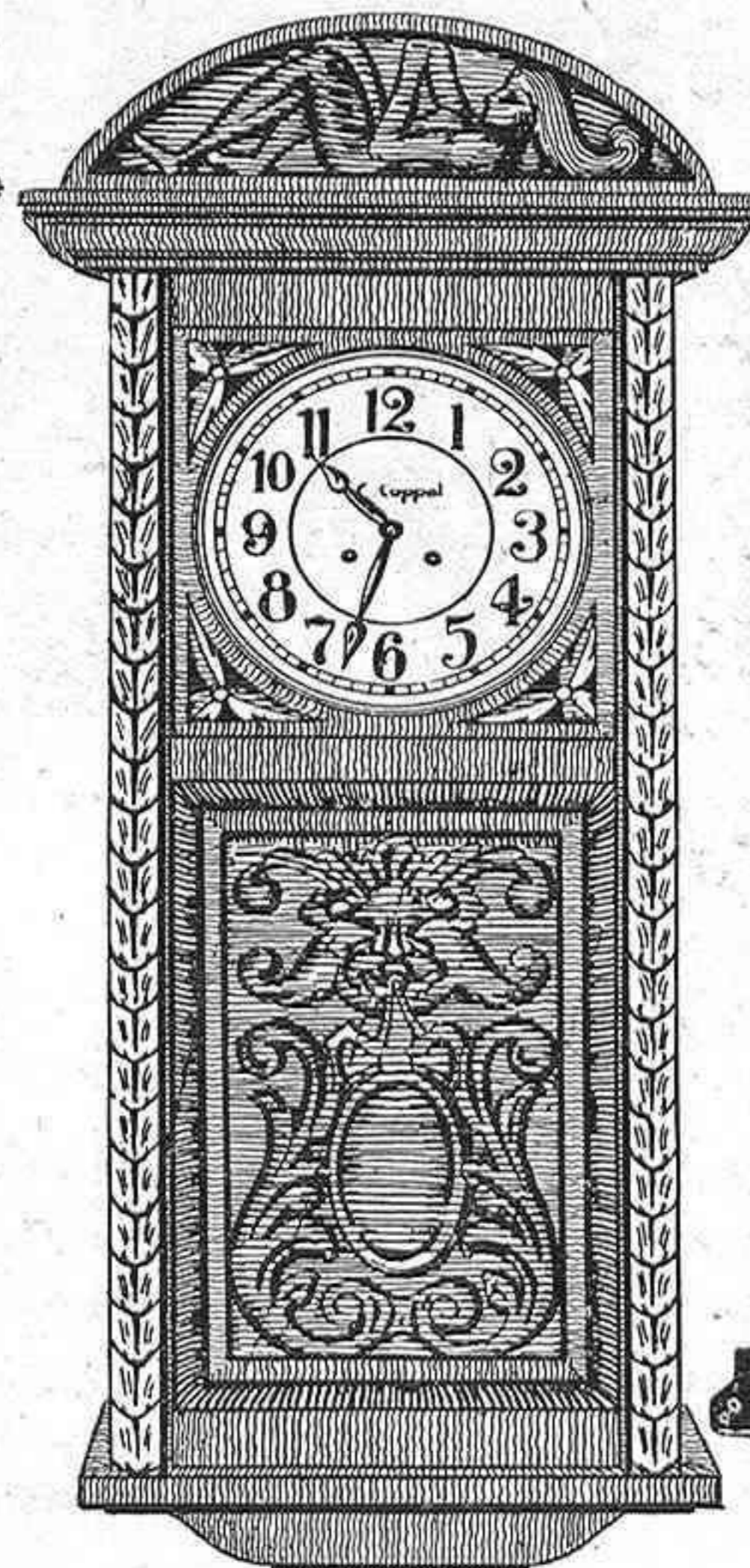
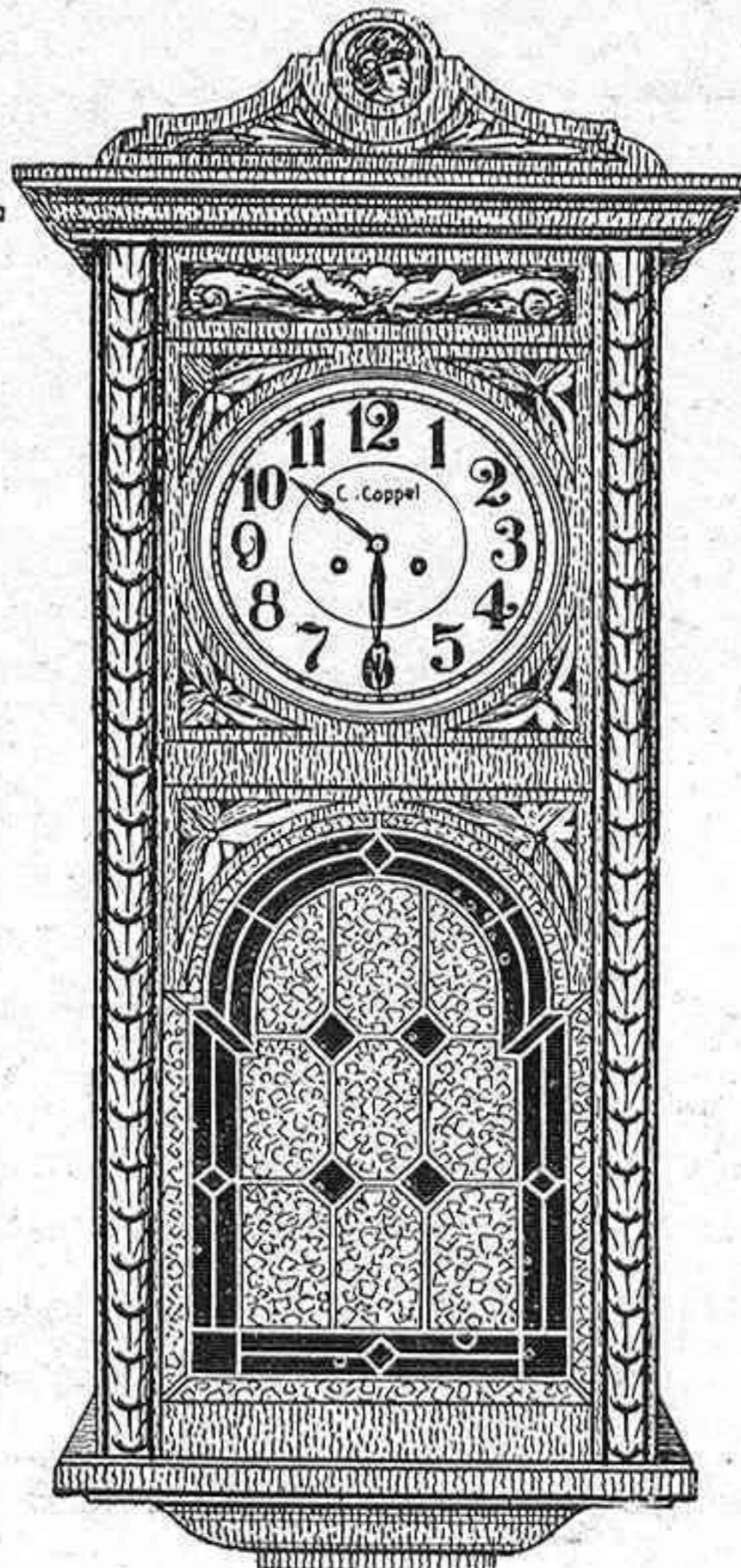
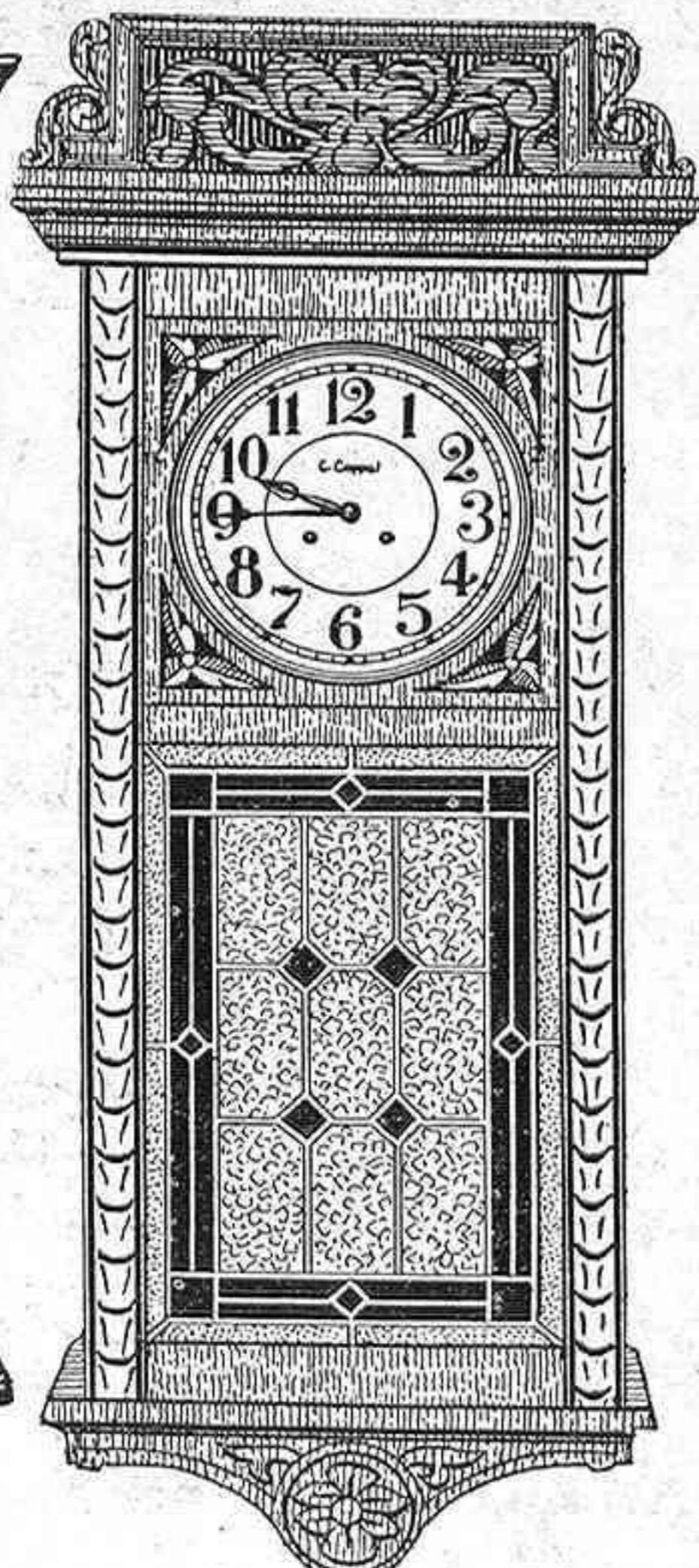
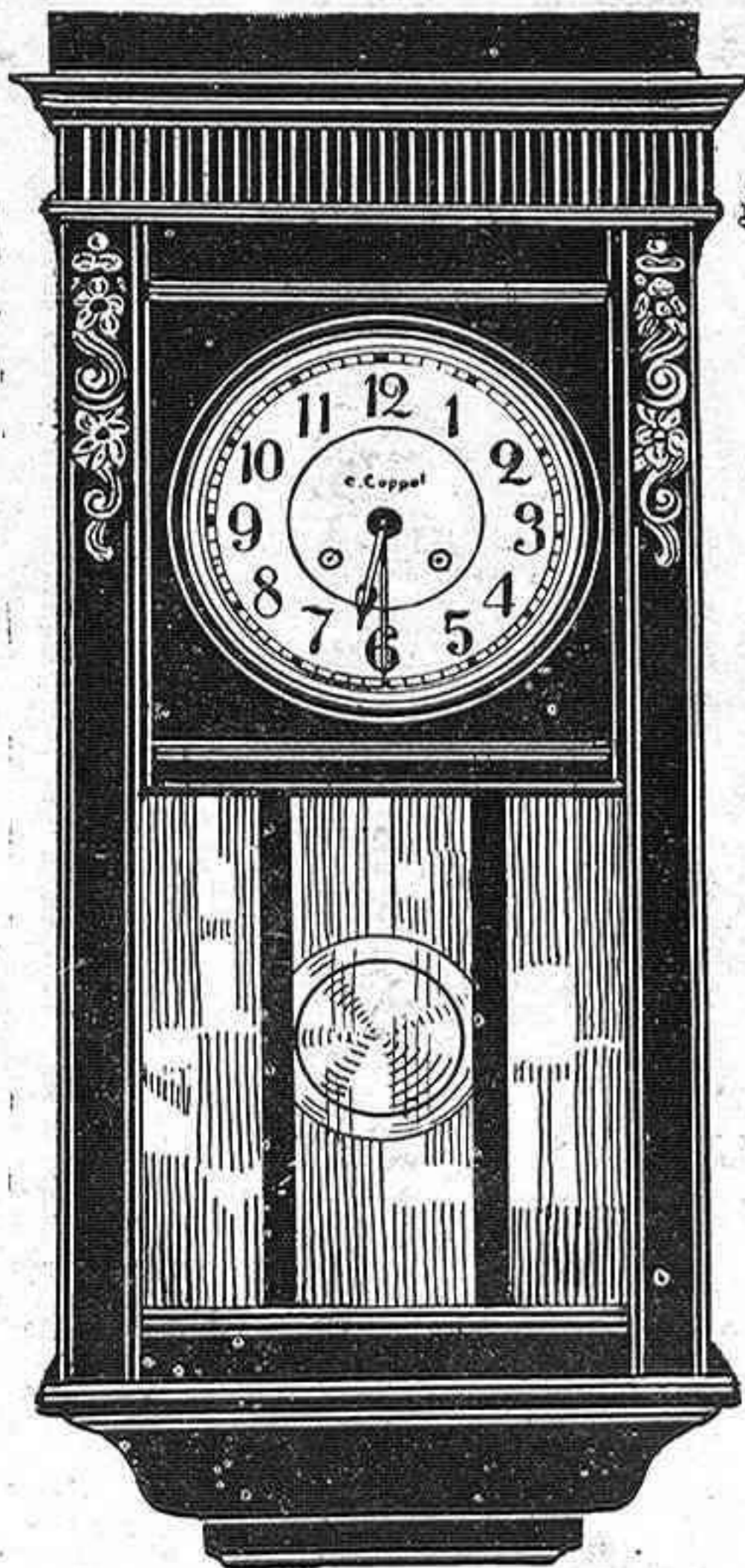
**SE DESEA ALQUILAR PISO** en casa nueva, con calefacción y cuarto de baño, diez ó doce habitaciones, fachada á Mediodía ó á Levante, en calles de Goya, Génova, Sagasta ó transversales y de 250 á 300 pesetas mensuales.

**DIRIGIRSE A ESTA ADMINISTRACIÓN**

**CUIDAD**  
**PRESERVAD, FORTIFICAD,**  
vuestras  
**Vias Respiratorias**  
con las  
**PASTILLAS VALDA**  
antisépticas y tónicas  
**EXIGIDLAS**  
en las Farmacias  
**EN CAJAS con el nombre**  
**VALDA**  
en la tapa y nunca  
de otra manera.

## Fábrica de Relojes de CARLOS COPPEL Madrid: Calle de Fuencarral, 27 (APARTADO DE CORREOS 79)

Reguladores de pared con máquina fina de ocho días de cuerda, sonería de horas y medias horas sobre campana "Gong"



Núm. 15.780  
85 centímetros de alto.  
37 » » ancho.  
Estilo inglés, en nogal ó roble,  
con talla en madera.  
**150 Ptas.**

**Aumento**  
Por campana «Carrillón». 15 pts.  
» sonería tres cuartos. 25 »  
» lunas biseladas. 15 »  
Caja caoba barnizada. 25 »

Núm. 15.613  
110 centímetros de alto.  
50 » » ancho.  
Estilo Renacimiento español,  
tallado á mano.  
**400 Ptas.**

**Aumento**  
Por campana «Carrillón». 15 pts.  
» sonería tres cuartos,  
sobre doble «Gong». 60 »

Núm. 15.641  
110 centímetros de alto.  
50 » » ancho.  
Estilo Renacimiento español,  
tallado á mano.  
**420 Ptas.**

**Aumento**  
Por campana «Carrillón». 15 pts.  
» sonería tres cuartos,  
sobre doble «Gong». 60 »

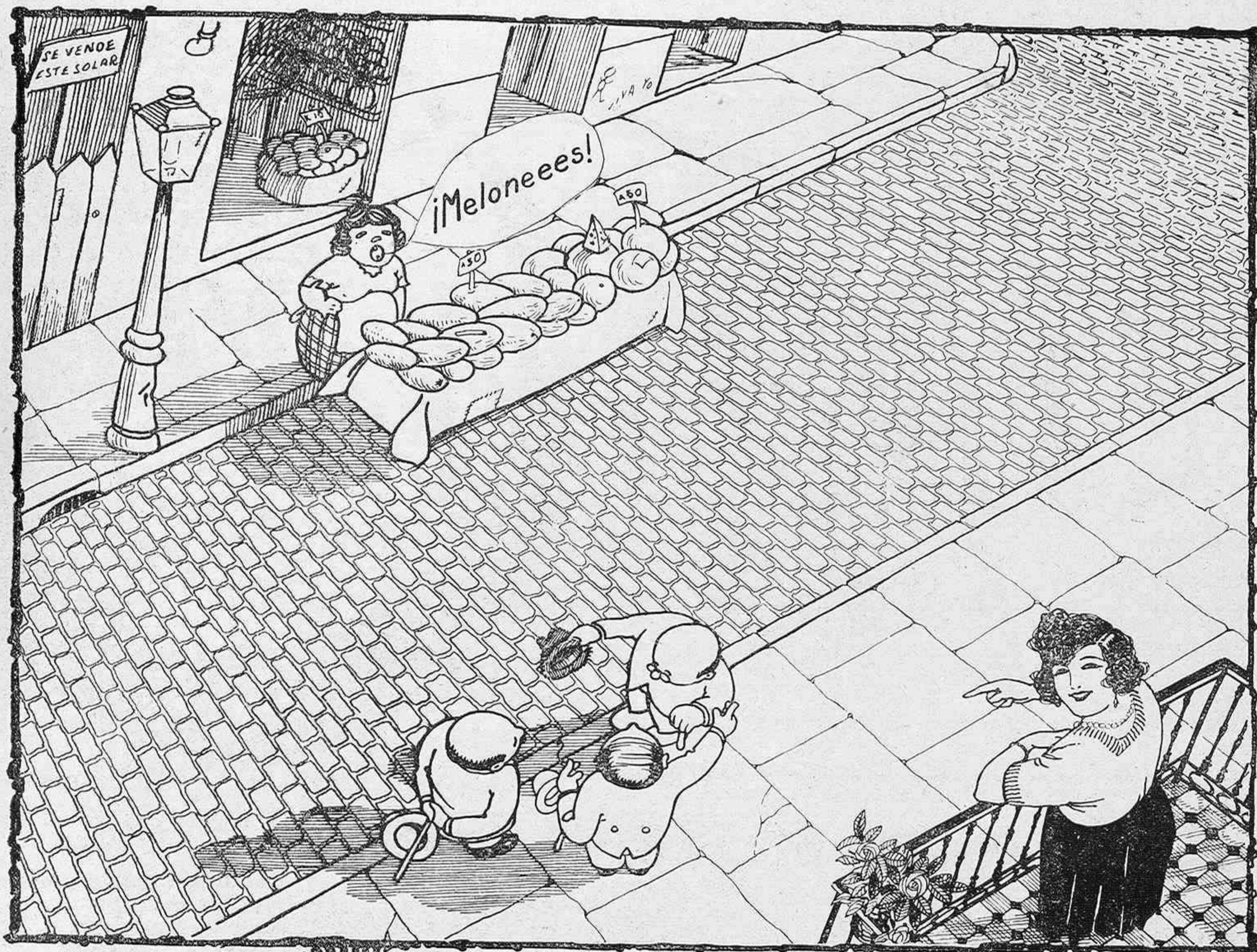
Núm. 15.642  
110 centímetros de alto.  
50 » » ancho.  
Estilo Renacimiento español,  
tallado á mano.  
**410 Ptas.**

**Aumento**  
Por campana «Carrillón». 15 pts.  
» sonería tres cuartos,  
sobre doble «Gong». 60 »

Núm. 15.633  
95 centímetros de alto.  
40 » » ancho.  
Estilo Luis XVI, con adornos de bronce  
y lunas biseladas.  
**350 Ptas.**

**Aumento**  
Por campana «Carrillón». 15 pts.  
» sonería tres cuartos. 25 »  
» cuatro cuartos. 100 »  
» «Westminster». 100 »  
Caja caoba barnizada. 40 »

**Certificado de garantía con cada reloj** □ **Envíos á provincias** □ **Ventas al por mayor y menor**



HELIOS

Usted no debe resignarse con servir de chacota á sus vecinas. Una coincidencia cualquiera le pone en ridículo, atrayendo la atención sobre su feo y malsano defecto. Usted puede evitar las desagradables consecuencias de su abandono usando el maravilloso

## Regenerador "PAZ" del Cabello

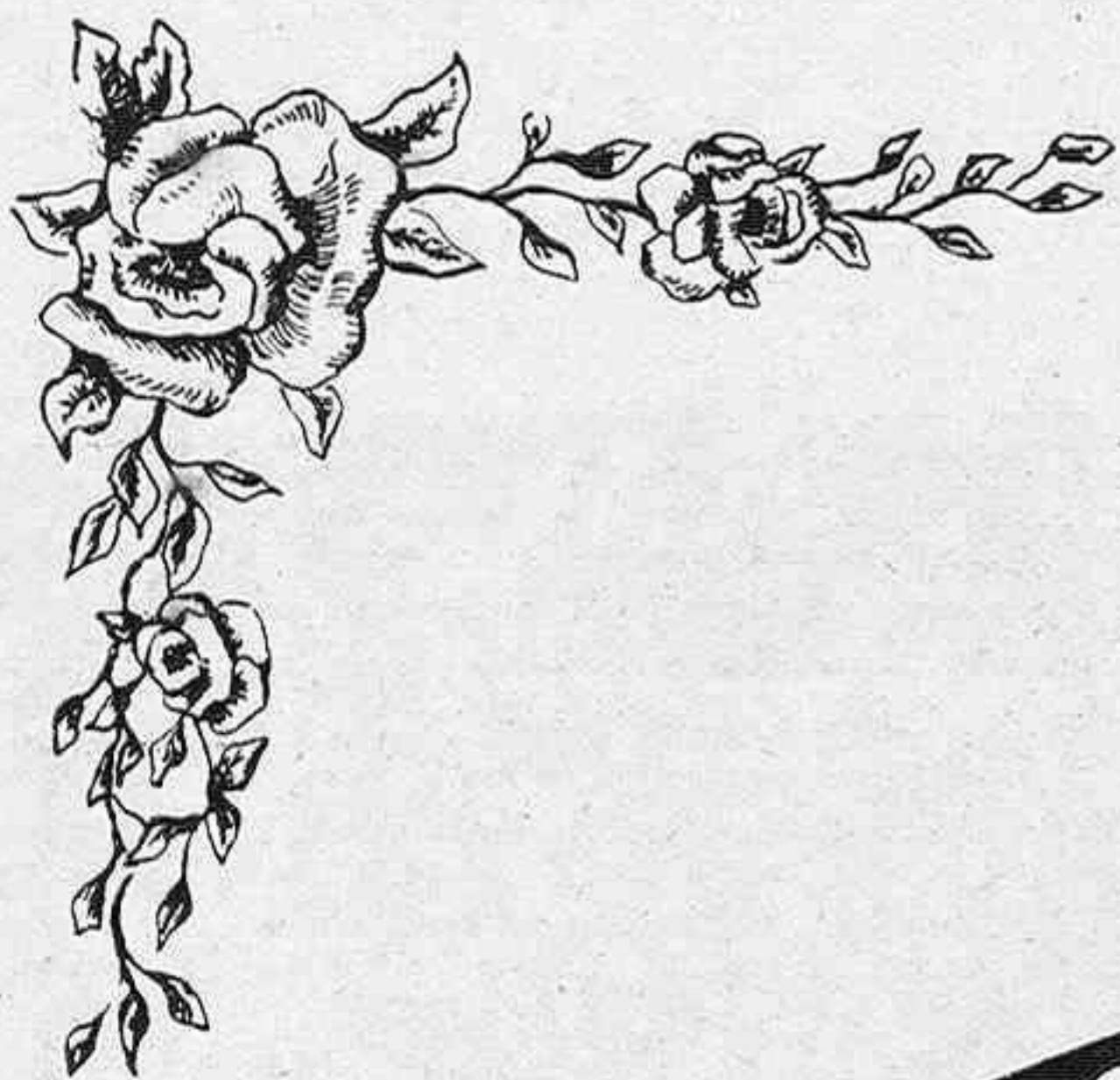
Es creencia general que la raíz del cabello muere, y esto es un desatino. El origen más frecuente de la calvicie está en que por una ú otra causa pierde el cuero cabelludo su porosidad, cerrando herméticamente la salida del cabello, que, sin embargo, conserva latente su bulbo.

EL REGENERADOR "PAZ" DEL CABELLO actúa sobre el cuero cabelludo, devolviéndole su porosidad normal, y una vez conseguido esto—que es cuestión de tiempo y constancia—, el pelo brota infaliblemente.

Este maravilloso producto tiene Gran Premio de Honor y Medalla de Oro, conseguidos por unanimidad en la última Exposición de Milán.

Consulte usted gratis á su autor, Diego Paz, calle Don Alfonso I, 36, Zaragoza

FRASCO: 15 PESETAS



Francy

PERFUMERIA  
PARIS  
MADRID

*Su Perfume de Moda*

*Secret d'Or Francy*



En la tarde del 7 del corriente se celebró una brillante fiesta en el Hospital de San José y Santa Adela, y en la que dieron nueva muestra de su inagotable caridad SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina. Acompañadas de S. A. la Infanta Isabel y la duquesa de Talavera, procedieron al reparto de las prendas y juguetes que las augustas señoras y las damas de la Cruz Roja habían regalado para los niños de familias pobres que asisten á las clínicas y consultas de dicha institución. Terminado el acto del reparto, las Reinas recorrieron las salas, visitando á los heridos que por su estado no pudieron concurrir á la fiesta. Nuestra fotografía presenta á S. M. la Reina Doña Cristina conversando con uno de los heridos.

FOT. CAMPÚA

BIOTECNA  
DRID

DE LA VIDA QUE PASA

# LOS CABALLEROS DE CERVANTES

DESDE San Diego (California) nos comunica el culto comerciante español D. Felipe Ruiz Abella que un ferviente grupo de cervantistas, americanos y españoles, se proponen fundar la Orden de Caballeros de Cervantes.

«Nuestro propósito es—añade—constituir un organismo análogo al de los Caballeros de Colón, cuya fuerza social, política y económica se extiende, como usted sabe, á no pocas ciudades del Nuevo Continente. Pero, lejos de ser un instrumento de poder, los Caballeros de Cervantes aspiramos á encauzar, suavizar, humanizar el poder en todas sus formas. Queremos instaurar el bien, la justicia, la indulgencia, la comprensión, la tolerancia. Queremos ayudar al débil contra el fuerte. En una palabra: restablecer y practicar el «quijotismo»...»

Con esta hidalga ingenuidad conmovedora, el Sr. Ruiz Abella pretende la resurrección de Alonso Quijano. Tal vez ahogado por la densa atmósfera utilitaria de aquel país, nuestro culto compatriota reclama este balón de oxígeno espiritual...

Se nos pide divulgación y apoyo al noble fin. Ello nos honra, mas nos desazona, planteándonos un caso de conciencia. ¿Podemos negarnos? Sobre descortés, fuera injusto. ¿Podemos alentar un propósito tan fuerte de la realidad contemporánea? Equivaldría á una doblez. Madurando una resolución prudente, hemos creído la mejor acudir á la propia vida de Cervantes, deduciendo de ella la norma para los Caballeros de Cervantes.

ooo

Cervantes fué un perpetuo fracasado. Sus desventuras tienen estigmas familiares y afrentas públicas. Fracaso desde su nacer de padres pobres y con muchos hijos. Fracaso como hermano de hermanas indecentes y livianísimas. Fracaso como esposo de una mujer honesta, pero rústica de alma y cuerpo. Fracaso como padre de una hija traída y llevada en pleitos de honra.

Su hogar, desde la cuna á la sepultura, no tuvo ni el calor de nido, ni las gracias, blandas y suaves, del reposo. Las saetas que le clavaban en la calle no encontraron, cuando él volvía á casa, la mano amiga que las desclavase piadosamente. Su vida dolorosa, tan poblada de fariseos y sayones, no vió jamás un Cirineo.

En el orden social y público, no fué Cervantes más afortunado que en el privado y familiar. Durante su niñez actuó como trotacalles. Su juventud transcurre entre la indecisión y la escasez, sin oficio ni beneficio, eterno aspirante y sempiterno pretendiente. Y cuando, ya de alcaballero, va rodando por los mesones cordobeses y sevillanos, es hombre de madura edad y siente que le asoman canas al cabello y al corazón.

Todo lo intenta y todo le sale mal. Quiere ser intrigante y cortesano,

yendo á Roma, en el séquito de Aquaviva, y Aquaviva, cardenaliciamente, le desdén. Toma la vuelta heroica en las galeras de Lepanto, y Lepanto nos lo devuelve mutilado y envejecido. Prueba á ser autor de comedias, y Lope, soberano de los corrales, le pone un veto tan altivo como irritante.

Los años de su cautiverio, con ser tan rudos, tal vez le fueron misericordioso paréntesis. Y los «baños de Argel», con ser tan inhospitalarios, acaso le serían menos penosos que las celas de su país, que las almohadas de su hogar.

Cuando ya, franqueada la senectud, lisiado y vencido, se recoge á sus pobres tiendas, Cervantes no es un hombre triste; es la tristeza misma. Es toda la tristeza humana cabalgando á lomos de Rocinante y por los siglos de los siglos.

ooo

Tristeza de tristezas, ella misma se labra un túmulo—el *Quijote*—, y en él escribe su epitafio—«el Caballero de la Triste Figura»—. ¡Alta y triste figura, que hará reír á Sancho Panza y llorar luego á Heine y á Saint-Victor! ¡Alta y triste figura, que será mofa de los duques y asombro respetuoso de los cabreros! ¡Alta y

triste figura que dictará á los siglos el testamento melancólico—«En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño»—! ¿Quién dirá que éste sea testamento de *Don Quijote*, cuerdo, y no de Cervantes, desolado?—«En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño!»—Pasados los sesenta, en aquel corazón heroico no quedan más que cicatrices. Cervantes se contempla en *Don Quijote*, como en un espejo. Sus locuras, como la de héroe, encarnan la Razón misma. Todas y cada una de sus empresas son justas, santas y magnánimas. El mismo esfuerzo de su brazo podría competir con Tirante y con Don Galaor. Pero su lanza está mohosa, su adarga, vieja, y su pobre celada, recosida á puros respuntes.

De igual modo que *Don Quijote*, Cervantes irrumpió en la vida, ya cansado y envejecido, mohoso el cuerpo y también recosida el ánima á respuntes de voluntad.

Mas ya los pájaros de la gracia habían volado de sus nidos. Ya, en los nidos vacíos, sólo quedaban granzas reseca y plumones mustios. Cuando Cervantes lanza la segunda parte del *Quijote*, está herido de muerte por estar herido de vida.

¡Tristeza de Cervantes, que manas tanta y

tanta alegría! No eres la tristeza resignada del varón de Hus; ni la tristeza-hartazgo de Salomón. Ni eres la ascética, de Kempis. Ni la intelectual, de Schopenhauer...

Eres, tristeza de tristezas, la más noble, la menos humillante, la más íntima, porque eres la tristeza humana. Eres, al cabo de los siglos, la tristeza de un hombre bueno y genial, que, tomando tantas empresas, no venció en ninguna; que, tratando con tantos hombres, de ninguno recibió bien, sino en limosna; que, recorriendo tantos pueblos, en todos fué igualmente hostilizado y desdichado; que, siendo superior á los más grandes de su tiempo, de todos los más grandes fué escarnecido y por ninguno amparado jamás...

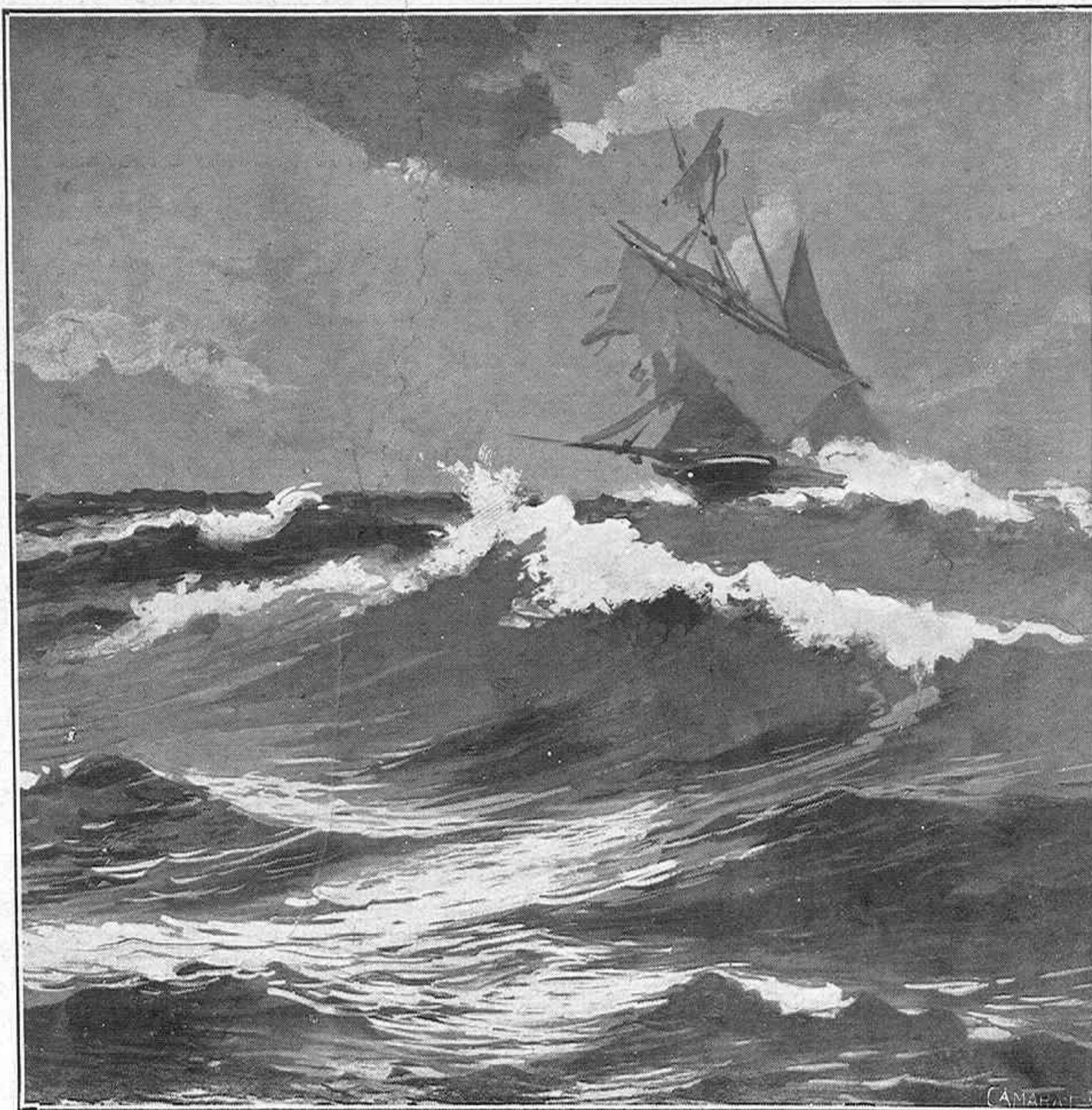
Tristeza, por la hostilidad y la incompreensión; alta, espiritual tristeza, por la mediocridad entronizada en las calles y en los oficios; suprema silenciosa tristeza, por el ruido ajeno y el olvido propio.

Tristeza inseparable, como el pensamiento que torturas y el corazón que angustias; tristeza desde la niñez á la vejez, siempre escoltada de hambre, de zozobras, de afrentas en la calle, de ruindades en el hogar.

Santa tristeza humana, que eres como el diamante de tanta escoria y la rosa de tanta espina; sólo por ti, Tristeza, la gloria de Cervantes es inmortal. Sólo por ti, Tristeza de tristezas, adarga al brazo y lanza en ristre, se yergue en el camino de los siglos, retando al envilecimiento y al olvido humanos, tu único hijo, el Caballero de la Triste Figura...

Cristóbal de CASTRO

## BAJEL DE ENSUEÑOS



*Perdido entre las brumas de ignotos mares,  
soy un bajel que avanza sin rumbo cierto:  
las encrespadas olas de los pesares  
me arrastran á la lucha fuera del puerto.*

*Sobre mí desataron su furia insana  
todas las tempestades de la amargura,  
siempre esperando el beso de la mañana  
y siempre en la ceguera de noche oscura.*

*¡Oh, el dolor de los sueños irrealizados!  
¡Oh, la eterna esperanza no conseguida!  
¡Oh, luchar contra mares alborotados  
para, al fin, en la lucha perder la vida!*

*Sin timón que me guíe, las velas rotas,  
á los rudos embates del mar me entrego.  
¿Podrá ser que en algunas playas remotas  
me depare el Destino blando sosiego?*

*El iris, abanico de la esperanza,  
no abre ante mí la gama de sus colores;  
y, aun así, sueño á veces que en lontananza  
me aguarda un ignorado puerto de amores.*

*Mas, ¿cómo ir á buscarlo, si ya no tengo  
velas que el viento rice, timón que oriente?  
¡Si, bajel de quimeras, mi fe sostengo  
en el frágil acaso de la corriente!...*

*Mujer desconocida, puerto amoroso:  
si en mi afán impotente sueño contigo,  
¿podrá ser que los mares me den reposo  
y, al fin, goce en tus calmas eterno abrigo?*

A. VÁZQUEZ DE SOLA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI.

EL TALLER DE DOS OBREROS INCOMPARABLES

# HA MUERTO UNO DE ELLOS...

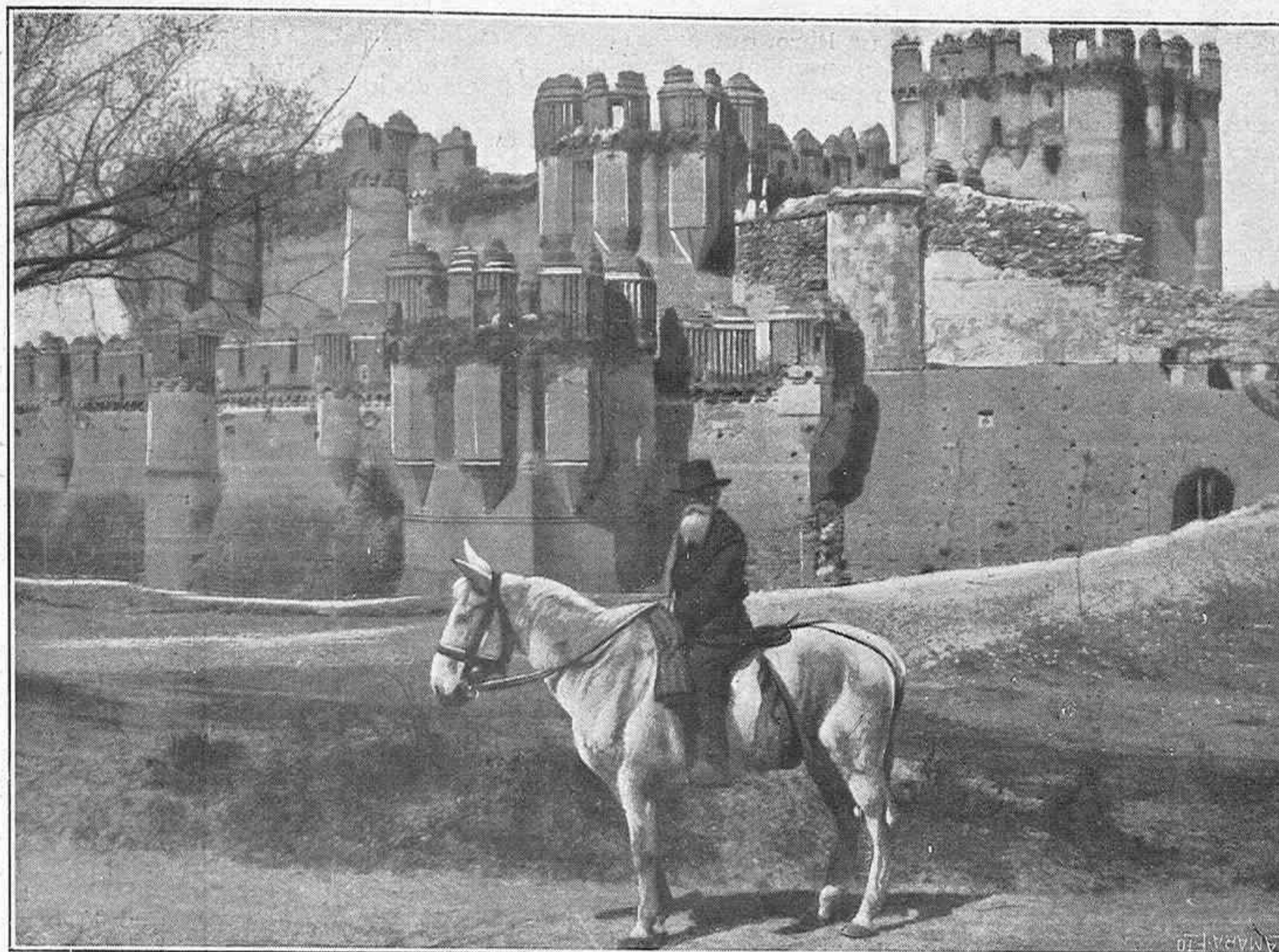


No basta dar pasos  
que algún día puedan  
llevarnos al triunfo;  
cada paso debe consti-  
tuir una victoria.

GOETHE

PLUMA á pluma, el azar va dejando desnudas las alas de bronce del águila de la Raza. Don Daniel Zuloaga ha muerto... Tantas veces hemos escrito de él, que la pena gana el corazón. Era un gran ibero y un artífice inmenso. Como buen español, después de haber superado la indiferencia de todos, había sobrevivido á su propio genio, y siendo viejo, muy viejo, ganaba el pan de todos los días.

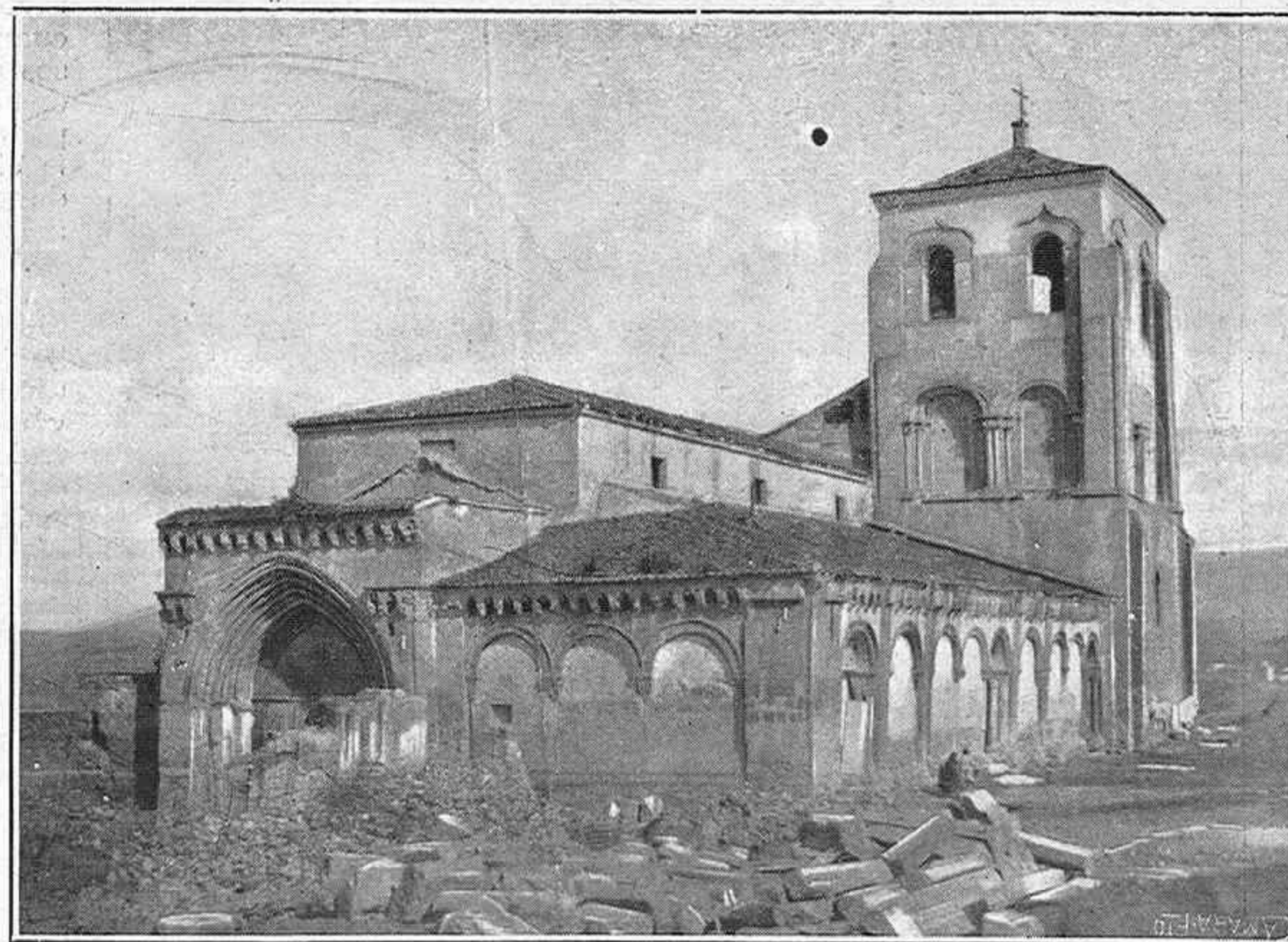
Muere pobre, como vivió; el triunfo europeo había consagrado su esfuerzo cuando España se daba cuenta del valor supremo de ese hidalgo orgulloso que, como el de la leyenda, allá en San Juan de los Caballeros, escribía en su corazón: «Mientras los que me visitan me honran, me proporcionan un placer los que nunca me visitan.» Y no es que fuera hurano é insociable; las medianías tienen tal miedo á la soledad, que cuando la ven en torno del creador, de los constructores, la critican. Don Daniel necesitó siempre trabajar y producir mucho. Después de vencido el tecnicismo milagroso de esa cerámica que siendo tan suya es tan nuestra, que siendo tan personal es tan ibérica, le fué preciso aislarse para crear *en cantidad*. Sólo el alma genial sabe lo que entraña esa horrible frase tan española, *en cantidad*... Sus últimos años, como los de Cajal, como los de Galdós, como los de Costa, fueron un continuado esfuerzo por salvar la angustia de la situación. Le ayudaban su hijo y sus tres hijas en la ruda tarea. La visión de su genio había resucitado, en las olleras sevillanas, el alma enorme que crearan aquellos artífices de los siglos XIII al XVIII que historiara Gesto; y en los hornos toledanos, la gracia talaverana que cantara fray Andrés de Torrejón. Luna, tan admirable en proyección y casticismo, no hubiera ideado su famoso altar cerámico de Santiago sin aquel otro inolvidable del Cristo de Lozoya, de la Catedral de Segovia. Y es que el gran viejo era un despertador de energías. El historiador del barroco moderno, Courajod, Lafond y Charles Morice, los panegiristas de su gran sobrino Ignacio, quedaban atónitos ante este hombre ibérico, como quedaba el mismo Rodin. Rodin, en el taller de San Juan, era menos interesante que la figura de



Don Daniel Zuloaga, una de las afirmaciones ibéricas más indiscutibles. Nada tan melancólico y sngéridor como el Castillo de Coca detrás de su figura. Los alarifes que levantaron esa obra "tan nuestra" tenían el alma delicada y enorme de D. Daniel

D. Daniel. Cuando los dos iban juntos, nuestro viejo triunfaba en espiritualidad, en energía mental. Todos los grandes artistas del mundo fueron á Segovia á verle. Ignacio Zuloaga, que le veía todos los días, todos los días le parecía enorme y singular. Los dos obreros trabajaban juntos, en el mismo taller, un templo románico que el viejo sublime compró, restauró é hizo célebre en el Universo. El pintor más grande de estos últimos tiempos es *otra obra* del enorme D. Daniel. No se puede escribir del genio de Ignacio sin escribir al propio tiempo del anciano incomparable, como vivo medievo, alma de los viejos gremios iberos, infatigable, adusto, delicado y encantador. No creía en Dios, y era amigo del obispo. Era un repu-

de los verdaderos iberos, y allí reclusos, mano á la obra diaria, sin descanso, sin tregua, como dos principiantes, como aquellos tenacísimos obreros de los talleres renacentistas. En un país como el nuestro, en una época tan incolora y decadente como la actual, en la que la fama es un efecto de calle, de camarilla ó de cenáculo, ellos rehuían todo eso. ¡Y qué labor la suya!... Cuando alguien entre nosotros realice, con su obra, lo que Sartel con las porcelanas chinescas; Solon, las mayólicas italianas; Auscher, las francesas; las inglesas, Hobson; las mejicanas, Edwin Barber; las japonesas, Lee; cuando un editor encarpete reproducciones de esa obra al modo estu- pendo de lo hecho con la cerámica musulmana por Henry Rivière, el pueblo quedará asombrado. Era D. Daniel, realmente, algo excepcional. Sobre todo, tan *suyo*, es decir, tan *nuestro*, que su obra y su persona llegaron á fundirse como en los hornos los esmaltes brujos que aplicaba á los barroes. Julio Antonio murió cuando era la esperanza ibera de resurrección de nuestra escultura; D. Daniel muere cuando su obra, demasiado en plenitud, iba conquistando su Patria esa misma Raza que la había inspirado. Tarde será cuando haya otro Julio Antonio y otro Don Daniel. Entre tanto, sirvanos de ejemplo la vida de ese anciano, metido año tras año, día tras día, en su taller, trabajando siempre, siempre optimista, asomando su rostro burlón de vez en cuando por la ciudad para decirle profundas ironías inolvidables, crueles y mordaces, al modo ibero, pero, como de raíz española, llenas de amor por esa inexorable Raza nuestra, capaz de crear cerebros imponentes, incapaz de interesarse por ellos sino es cuando... *los ve muertos*.



San Juan de los Caballeros en vías de restauración, formidable alfar del que han salido tantas obras de raza



EUGENIO NOEL  
BIBLIOTECA  
MADRID

EUGENIO NOEL

## CUENTOS DE "LA ESFERA"

## EL MISTERIO DEL HOTEL GALANTE

La calle de Alcalá, al anochecer de un día de otoño que ha sido espléndido. A la luz pálida de los faroles y de los arcos, la gente que circula semeja un inmenso hormiguero. En el arroyo, los carruajes, los automóviles, los tranvías, aglomerados, se mueven con dificultad. Las terrazas de los cafés están llenas de gente, porque la temperatura no es baja y permite sentarse al aire libre.

Andrés, que se encuentra rendido de pasear despacio entre la multitud que transita por la Carrera de San Jerónimo, por la Puerta del Sol y por la calle de Sevilla, al llegar á Fornos se detiene y busca un sitio para sentarse. Fuera no lo hay. Se decide á entrar y se acomoda en una butaca que brinda un cómodo descanso en sus muelles almohadones de seda. Pide coñac en copa grande, enciende un cigarrillo, apoya la cabeza en el respaldo de su asiento y, sin prestar atención á los grupos que rodean las mesas, en los que lucen su hermosura artificiosa y llamativa mujeres galantes, ni en las personas que entran y se acomodan entre los que están sentados ó se dirigen al salón contiguo de restaurante y danza, que oculta un cortinaje de damasco violeta, medita al arrullo de la música, que se percibe débilmente, como si viniera de muy lejos.

Andrés tiene una melancolía, una desesperación que le abruma, que le hace antipático, odioso cuanto ve. Ya son muchos los días grises de su vida, y desde hace unos meses esos días de sombra, de cansancio, de hastío de un vivir sin objeto, se suceden con tan desesperante monotonía, con tanta frecuencia, que ya constituyen su ambiente, su obsesión.

Le persigue y le acosa la mala fortuna. Antes, desde su inmensa desgracia, desde su tragedia de amor, en él cumpliéndose el adagio, y vióse favorecido por la suerte en el juego, tanto y tan fatalmente como desdichado había sido en su querer. Y esto le había permitido olvidar. Distraían su espíritu y encalmaban su corazón los azares de la ruleta, para él bienhechora el placer fingido de amoríos fáciles en que deleitaba las noches, para sentir después más hondo el vacío de su alma, la tristeza de su soledad. Pero desde hacía unos meses, ni siquiera esto. La fortuna adversa le reclamaba exigentemente el dinero que antes le había prodigado y le impedía buscar olvido y distracción en las gracias marchitas, en los senos desnudos, en los semblantes pícaros y ojeros de las alegres muchachas de *cabaret*.

Era la racha negra, que él esperó con miedo, pero con seguridad de que llegaría para sumirle en el abismo de sus recuerdos penosos, que apoderándose por completo de su espíritu y de su corazón le harían pensar en la muerte.

Aquel crepúsculo otoñal, tan bello, tan apacible, acentuaba su negro pesimismo. Ya no tenía fuerzas para intentar su regeneración, ni sentía deseos de intentarla, porque no veía una luz, una ilusión al fondo del camino que le incitase á llegar á ella.

Cuando le abandonó la mujer que había sido toda su vida el estímulo más poderoso para la lucha que desde muy joven tuvo que sostener para vivir, vencido por el derrumbamiento de su felicidad desertó del trabajo y buscó en la bebida y en el juego la distracción á sus ideas sombrías, á los agudos dolores de su corazón. Y mientras la fortuna le fué propicia, aquel vértigo, aquellas emociones de la ruleta y del mentido placer á que se entregaba, evitándole pensar, le sostenían.

Pero se le negó la suerte de un modo decisivo. Y ¿de qué iba á vivir?...

La noche antes, la implacable raqueta se llevó los últimos restos de su fortuna. Entre las hojas de un libro, que era su caja de caudales, había encontrado al volver á su casa tres billetes de cien pesetas. Eso era todo. Los había cogido y los llevaba en la cartera para jugárselos á vida ó muerte. «Si los pierdo, me doy un tiro, y se acabó.» Pero tuvo miedo; presentía que aquella tarde apacible de otoño era fatal á su destino y que la luna, brillando intensamente en el cielo azul, iba á reirse de la grotesca rigidez de su cadáver. Quiso pasear antes de decidir su suerte, y anduvo horas y horas, sin dirección, sin rumbo, hasta que el cansancio le rindió y fué á sentarse ante aquella mesa de Fornos, sobre aquella muella butaca.

Risas de mujer y fuertes carcajadas hombrunas le despertaron, trayéndole á la realidad.

Apuró la copa, pidió que se la llenaran de nuevo y, al fijarse en la puerta que en aquel momento se abría para descubrir entre los cortina-

jes una figura de mujer bella y lujosa, quedóse absorto.

¿Era un efecto del coñac bebido tan copiosamente?... La emoción que le estremecía negó en rotundo. Sus ojos adquirieron una luminosidad extraña, fosforescente; sus dedos, sobre los brazos de la butaca, se crisparon hasta arañar la seda; de sus labios fué á salir una exclamación que pudo contener á tiempo.

Era ella: la infame, la enloquecedora mujer que lo burló, que hizo trizas su vida, al traicionar los amores que le jurara. Tan diabólicamente hermosa; más sugestiva, más incitante aún su belleza pagana, con los cuidados que requería la índole de su vivir impúdico; suavizada la tez por las cremas; enrojecidos los labios y acentuado el matiz violáceo de las ojeras por el lápiz; como nácar las manecitas finísimas, de uñas brillantes y rosadas; el cuello y el escote, cuya blancura hacía resaltar el tono oscuro de la piel que los descubría, cayendo sobre sus hombros. No le vió ella; saludando á algunos que encontró en su camino, dirigióse rápida al salón de baile, desapareciendo tras el damasco de las cortinas.

Andrés temblaba. Había seguido con la vista centelleante todos sus movimientos, y cuando se ocultó á sus ojos la gentil figura que dejaba á su paso una suave oleada de fino perfume, aún su vista permaneció largo tiempo sin apartarse de la línea de luz que descubrían las dos hojas del cortinaje al caer tras ella.

Parecía hechizado; en realidad era que la brusca sorpresa inesperada, la impresión que había sacudido sus nervios encendiendo su sangre y acelerando los latidos de su corazón, inmovilizó hasta el punto de que, si hubiera querido levantarse, sus piernas temblorosas habrían burlado su deseo.

No había vuelto á verla desde el día terrible en que desapareció de su casa, del nido de amor que él dispusiera con tan entusiastas afanes, con tan ilusionados deseos para albergue de su felicidad, dejando como única memoria de aquel apasionado poema que él había vivido con tan dichosa confianza unas líneas ligeras y crueles, cuyos finos trazos, metiéndose en su corazón como puntas de frío acero, destrozaban para siempre todo su ser.

Ella había huído, escondiéndose de tal modo, que su celosa y vengativa investigación no pudo descubrirla. Y cuando ya él, en su martirio rencoroso que hacía subir á su boca las hielos de su sangre, se convenció de que no podría encontrarla, también huyó de la ciudad en que fué dichoso y donde su recuerdo había atormentado más cruel, más obstinadamente.

Ahora, al verla de nuevo, cuando las negruras de su pesimismo incurable y la fatalidad de su adversa suerte hacíanle la vida odiosa, todo aquel temblor de ira que le estremeció al verse solo y al darse cuenta de la traición de que lo hizo víctima, encendíase en él con igual fiebre abrasadora, que recorriendo sus venas subía al cerebro para quemarle y enloquecerle.

Su dolor iracundo, excitado por la inesperada presencia, recrudecido por la rápida y brutal convicción de que la infiel había desdeñado su amor honrado por una vida deshonrosa, de alegre impudor, de lujo afrentoso, puso en su cerebro una idea vengativa tan tenaz, tan aviesa como el hecho que la inspiraba. Volvió á pedir coñac, después de beberse de un solo trago el que la copa contenía, y recado de escribir.

Después de trazar unas líneas y meter el pliego en el sobre, con uno





de los billetes que sacó de su cartera, dijo al camarero:

—¿Te has fijado en esa mujer que acaba de entrar, con un vestido de seda azul, un boa de pieles pardas y un gran sombrero del mismo tono del vestido?

—Sí, señor. Sé quien es: Gloria.

—Perfectamente. Entrégale esto.

Pagó el consumo, no sin apurar la tercera copa; propinó al camarero un par de pesetas y, mientras éste iba á cumplir el encargo, encaminóse él hacia la puerta. Vió un coche vacío que había en frente y preguntó al cochero, al subir á él:

—¿Sabes dónde está Villa Aurora?

—El hotelito de la calle de Ayala?... Sí, señor.

—Pues, arrea.

ooo

—Vendrá una mujer á bus carne—dijo al entrar en la habitación que le indicaba la sirviente—. Viste de azul, con un boa obscuro. Preguntará por Luis.

—Perfectamente.

Cerró la puerta y se puso á pasear nervioso, vacilante por los efectos de la bebida.

—¿Vendrá?...—se preguntó; y contestóse mentalmente:—¡Sin duda!... La cita no ha podido parecerle sospechosa... ¿Qué le he puesto?... ¡Ah, sí! «Me sería grato pasar un ratito de charla con usted. La he visto muchas veces, y nunca en momento propicio. Si no la molesta ir á Villa Aurora, el hotelito galante de la calle de Ayala, allí me encontrará de siete á ocho. Me anticipo á usted por no considerar prudente que nos vean juntos por la calle. No haga esperar en vano al que tantos deseos tiene de verla. Adjunto para el coche.—Luis.» ¿Por qué no, si ella vive de eso?... No será la primera cita de esta índole misteriosa á que acude...

Y no se engañaba. Diez minutos después el timbre de la verja hizo cortar en firme su paseo, palidecer y estremecerse.

—¡Ya está ahí!...—pensó.

A poco sonaba en la puerta un leve repique.

—Adelante.

—La señorita Gloria—anunció la doncella, franqueando el paso á la joven.

Andrés cerró presuroso, echando la llave, en cuanto la vió entrar, y ella, al volverse, sorprendida por aquel rápido movimiento, reconoció á su marido instantáneamente.

Menos las rosadas mejillas, que no alteraron su color, todo su semblante se puso pálido, con palidez de cera. Trató de disimular la impresión que aquel encuentro le produjo, interrogando con forzada sonrisa:

—¿Eres tú?...

Y un súbito instinto de defensa la dictó en seguida esta frase:

—Me lo figuraba... y por eso vine.

El, con los ojos fijos en los de ella, con las manos crispadas y con los labios temblorosos, pudo decir:

—¡Ah!... ¿Te lo figurabas?

—Naturalmente. En cuanto el camarero me dió tus señas. Lo único que me desconcertó fué el nombre...

—¡Mira si lo hubiera sabido!... Habrás estado á punto de no venir por mi torpeza.

—Claro!... Me hizo dudar...

—Pues, ya lo ves. No te equivocabas... ¡Ya era hora de que nos viéramos, mujer!... ¿No te parece?

La frialdad, la sonrisa irónica y, sobre todo, el temblor de sus manos, alarmaban seriamente á Gloria.

—¿Y qué es lo que querías decirme?...—interrogó, inquieta, recordando que él había corrido la cerradura y guardado la llave.

—Mucho, en pocas palabras. Si no te hubiera

visto, dentro de unas horas no existiría. Estaba decidido á matarme, porque estoy hastiado de vivir. Te debo unas cuantas horas más en el mundo.

Lo miraba ella con expresión de espanto. El continuó:

—Pero al verte, cambié de idea.

—Y...

—Antes de marchar, he querido despedirme de ti, ya que la suerte me deparó este dichoso encuentro. He querido decirte que tú has sido quien me ha hecho aborrecible la vida á los treinta años. Que por ti soy un hombre inútil, sin conciencia, sin voluntad, sin honradez, sin esperanza. He querido que te des cuenta de la responsabilidad de tu traición, y también quiero que me digas por qué me abandonaste.

—¿Es de ese modo únicamente como se te ocurre remediarlo?... Brindándome la ayuda humillante de tu deshonra, de tu desvergüenza. ¡De modo que has creído que soy tan miserable como tú; que puedo aceptar esa doble infamia, hacer de mi deshonra un medio de vida!... Eres mucho más despreciable que yo.

—¿Y qué otro medio puede haber? Di tú el que se te ocurra, y lo acepto.

—El que yo pensé en cuanto te vi; no hay otro... Es el único, y por eso te rogué que vinieras.

—Dilo, dilo...

—¡Matarnos!

—¡Andrés!

—¡Calla!... No grites... Ni trates de escapar. Es inútil; cerré la puerta y tengo la llave en mi bolsillo. Si chillas te mataré antes... Es lo que conseguirás si pides socorro. Piénsalo. Tú no puedes redimirte ya de otro modo, lo mismo que yo... ¡Además, es justo que espíes tu gran culpa!

Aquella calma aterradora con que la hablaba, en contraste rudísimo con la expresión de sus ojos, que brillaban con un fuego fosforescente, hizo pensar á Gloria que Andrés había perdido la razón ó estaba á punto de perderla.

El instinto de conservación hizo girar la vista en torno suyo en demanda angustiosa de auxilio, con la esperanza de ver por dónde podría escapar.

Fué entonces cuando los ojos de él adquirieron la fijeza inexpresiva de la locura: cuando su diestra mano, temblorosa, se agarró sobre la culata del revólver, mientras con la otra asía ferozmente por el cabello á su mujer y la sujetaba para que no fallasen los disparos.

Ella no llegó á hablar. Lanzó un quejido de agonía á tiempo que se desplomaba. Cuando estuvo en tierra apretó el gatillo otra vez, y esta última bala fué á alojarse en la cabeza.

Se quedó mirándola unos instantes y luego dirigió á su frente el cañón del revólver. Pero un ruido exterior le hizo cambiar de idea. Lanzóse á la ventana, la abrió de golpe y, montando sobre el alféizar, se dejó caer.

ooo

Al ruido de los disparos acudió gente, que forcejeó para abrir la puerta. Como estaba echada la llave, no fué posible. A poco llegaron los guardias y un cerrajero, y forzado el cierre, quedó franca la entrada.

Vieron á Gloria en el suelo, sobre un charco de sangre. Cuando, después, vino el Juzgado y comenzó á instruir las diligencias, se supo por las de-

claraciones que con la muerta había estado un caballero bien vestido, que era, sin duda, el que la había asesinado, y que debía haber huído por la ventana abierta, que caía á la espalda del hotelito, sobre la tapia, desde la que era fácil saltar al suelo.

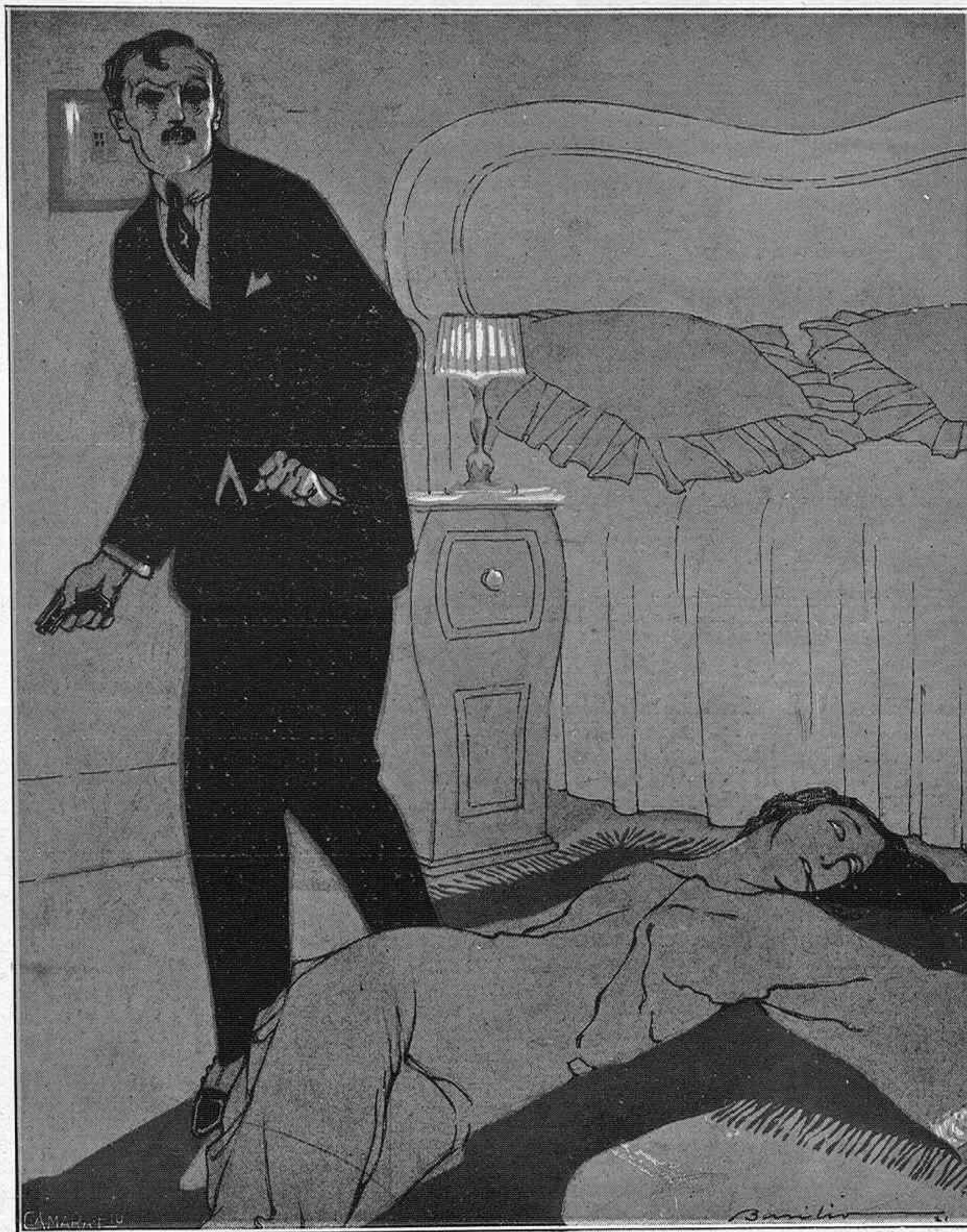
Pero nadie supo decir quién pudiera ser aquel hombre, y la investigación policiaca fué en absoluto estéril.

Un crimen más, de esos tan frecuentes, por desdicha, en Madrid, cuyos autores amparan las sombras del misterio, y cuyas indescifrables circunstancias, referidas minuciosamente por los periódicos, preocupan al público durante muchos días. Sin embargo, yo sé que el autor del misterioso crimen del hotel galante fué el marido de Gloria; lo descubro aquí, para que nadie pueda, desde hoy, alegar ignorancia.

Desde hoy, que he leído en la sección de sucesos de un diario que Andrés, recogido por unos guardias en los desmontes de la Moncloa, sucio, harapiento, plagado de miseria y beodo, ha muerto de alcoholismo agudo, según el dictamen forense.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

DIBUJOS DE BASILIO



—Cálmate. Hablaremos más despacio, cuando cese tu exaltación.

—Te equivocas. No estoy exaltado. Puedes hablar sin temor ahora. Dime: ¿por qué labraste mi desventura, mi ruina?... ¡Dímelo!

—Perdóname... No sabría decírtelo. Fué una alucinación, una locura.

—¿Querías á otro?

—¡No! ¡Eso, no!

—Eso hubiera sido lo único que te disculpara.

—Fué el ansia de libertad, de lujo... Me fascinaba la riqueza; nuestra vida era tan humilde, tan monótona... Yo sentía un afán de vestir, de tener joyas, de gozar alegría...

—¡Aunque fuera sin honra, sin pudor! ¡Vendiéndote como una ramera!...

—No lo pensé. Fué una idea absurda que me trastornó el juicio. En aquel aciago momento no razonaba... (edía á un impulso más fuerte que mi voluntad.

—¿Y te das cuenta del daño que hiciste?... Destrozaste mi vida... Por ti soy holgazán, jugador, borracho... Por ti he de matarme, porque no sirvo para nada... ¿Cómo remediarías tú todo esto, que es culpa tuya?

—Yo te puedo ayudar...

VIDA ARTÍSTICA

LOS PAISAJISTAS CATALANES

AL inaugurarse con toda solemnidad y oficial pompa el interesantísimo Salón de Paisajistas Catalanes, el presidente del Real Círculo Artístico de Barcelona, don Mariano Fuster, explicó ante el Rey el origen y la eficacia de esta Exposición con las siguientes palabras:

«En el comienzo del presente año, fué honrado el Círculo Artístico por la confianza del Gobierno belga, mereciendo el encargo de organizar una Exposición de Arte de ese heroico y laborioso país, resultando una manifestación completa y exquisita, llevada á cabo con el mayor éxito bajo la protección del excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona, en su Palacio Municipal de Bellas Artes, estableciéndose así estrechas y cordiales relaciones de mutua estima y cultura, y proporcionándonos con tan grato motivo ver asociados vuestro nombre augusto con el de S. M. el Rey de Bélgica en el Comité de Honor que la presidió.

Fué el actual director general de Bellas Artes, Sr. García de Leaniz, quien, en representación del Gobierno de Su Majestad, llevó la voz en tan célebre certamen, y el mismo que, con ocasión de su visita á nuestro Centro, sugirió la feliz idea de esta Exposición que hoy se inaugura bajo tan gratos auspicios, que para dicha nuestra, y por iniciativa nunca bastante alabada del representante entonces del Poder Central, viene á reforzar entre la capital de vuestra Monarquía y sus regiones diversas aquel nexo fecundo de la espiritualidad en que el Arte deja la huella de su universal influjo.

Nuestro Centro ha dado elocuente prueba de la intensidad de su vida artística con el concurso de paisajes que acaba de celebrar y que llamó poderosamente la atención del público barcelonés, siendo la base de la presente Exposición, que hemos procurado fuera lo más completa é imparcial, á fin de reflejar en ella con la mayor exactitud la historia del paisaje catalán.»



«Piera», cuadro de Ricardo Canals

Instalada de un modo armónico y asequible en las salas de los Amigos del Arte y en la facilitada por el Museo de Arte Moderno para exhibiciones particulares, esta Exposición responde felizmente al propósito de sus organizadores.

Cierto que para significar una total manifestación de los paisajistas catalanes contemporáneos faltan obras de algunos artistas importantes y de bien definida personalidad: Pidelserra, Meifrén, Olegario Junyent, Suñer, Llimona, el malogrado Florensa, Estivill, Padilla, Matilla y algún otro. Habría sido conveniente, además, ver las notas exaltadas de Mallorca que viene pintando Anglada desde hace algunos años.

Pero tales faltas no son probablemente imputables al Real Círculo Artístico y á los ilustres escultor y crítico Sres. Blay y Domenech que aquí han secundado su difícil labor.

Una sala se ha consagrado por entero á Joaquín Mir. Pocas veces se ha presentado

ocasión de estudiar á un artista con tal plenitud documental y tan selecto ejemplario de sus etapas evolutivas. Son cerca de veinte años del arte del maestro los ofrecidos en esos lienzos que empiezan en las orquestaciones líricas de Mallorca y concluyen en esa sinfónica espiritualidad cromática de sus paisajes actuales.

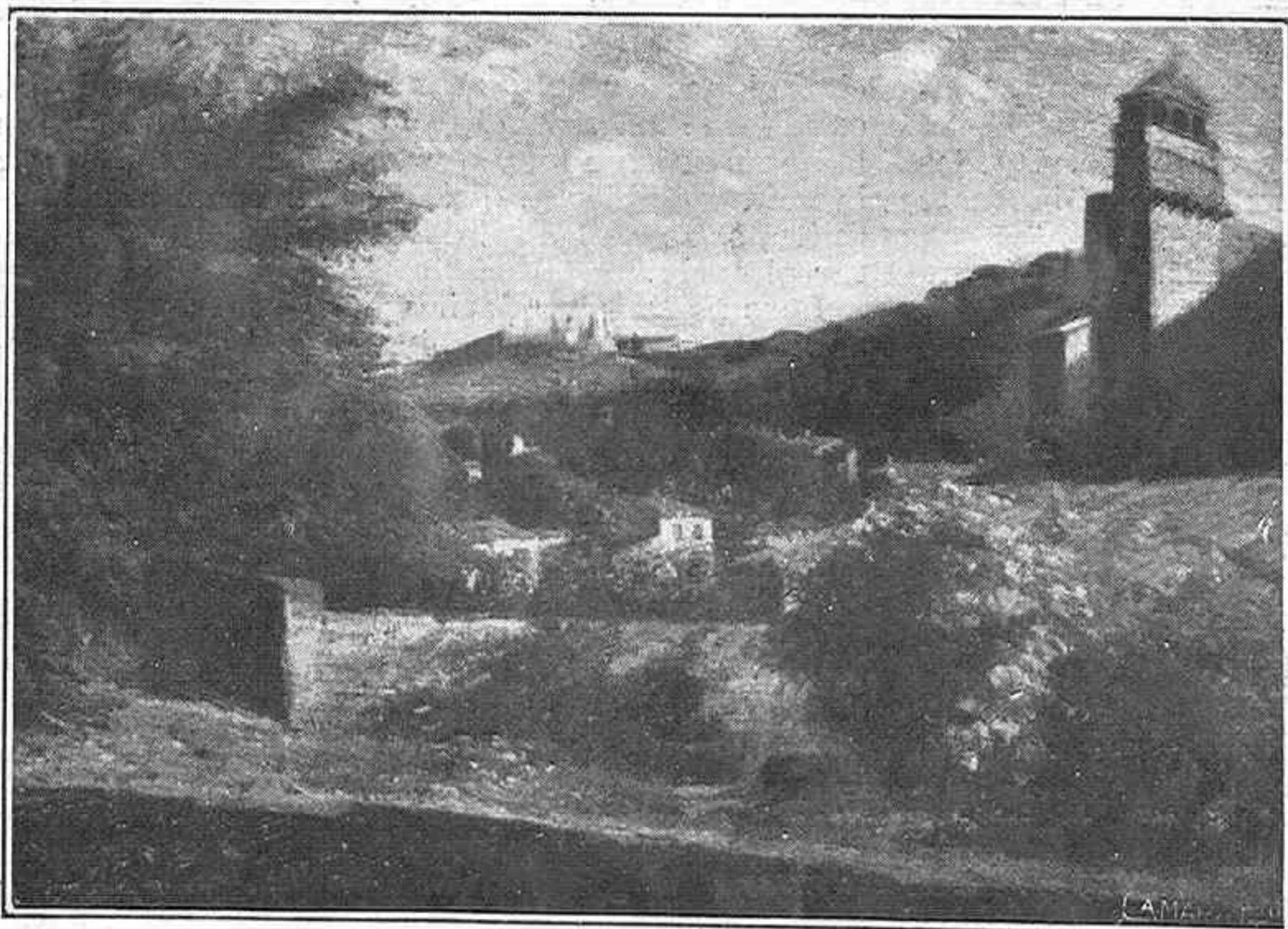
Lejos de invitar á una rectificación, á una confrontación negativa y adversa con otros valores del paisismo moderno, esta serie de cuadros de Joaquín Mir afirma, ratifica, consolida la creencia que siempre tuvimos en su maestría técnica y en su sensibilidad íntima.

Como hemos de consagrar á la Exposición de Paisajistas Catalanes más de un artículo y habrán de irse reproduciendo á todo color las obras más importantes, tiempo habrá de razonar detenidamente nuestro optimismo y nuestra fe en el arte de Joaquín Mir, así como también para ir estudiando á través

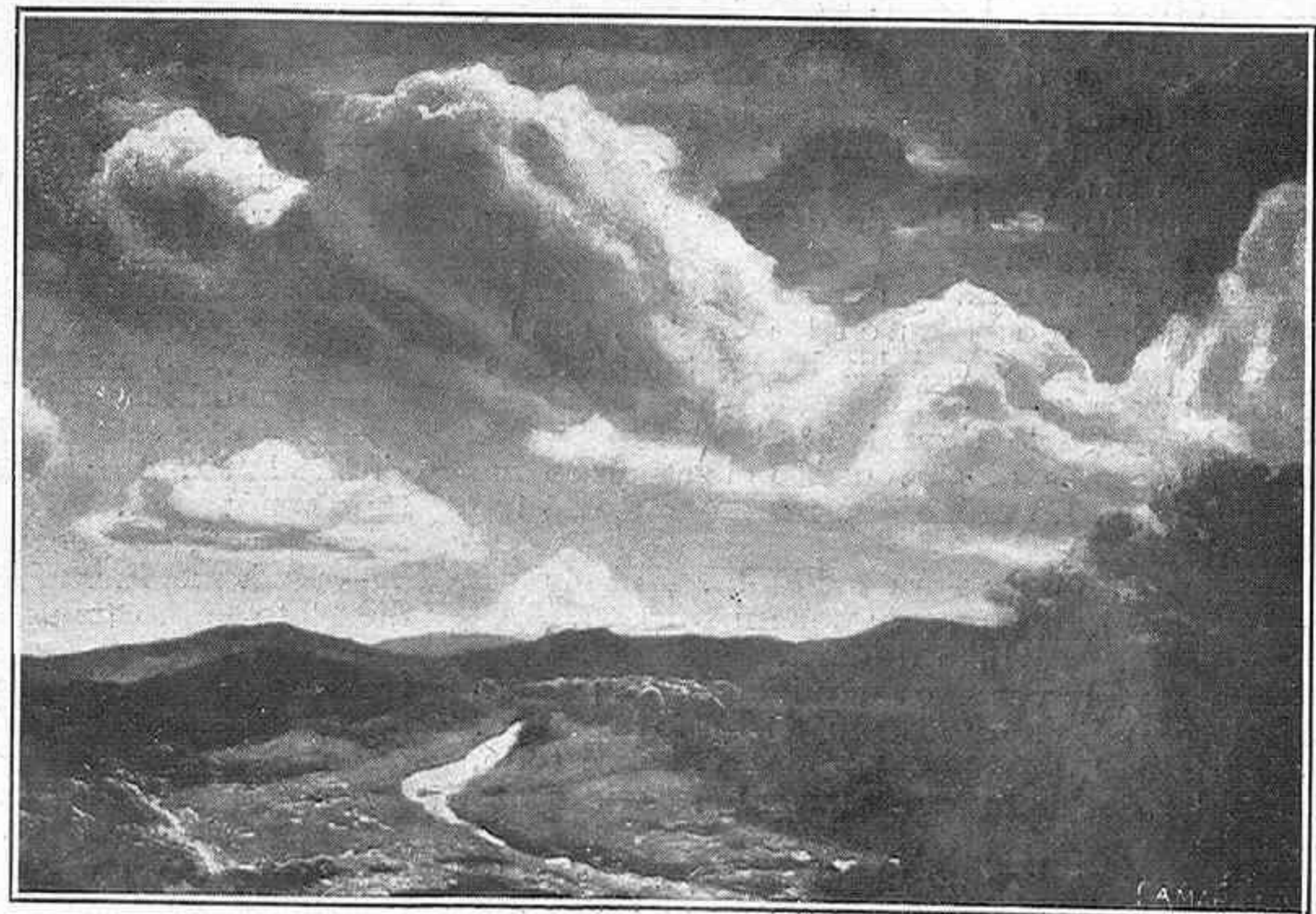
de los demás artistas la existencia indudable del paisismo catalán, no sujeto á escuelas ó normas determinadas, no anquilosado en un catálogo de fórmulas y recetas, sino expresado en realidades libres, personales, á través de temas y motivos comunes, en una fraterna creación bajo la misma luz y frente á espectáculos homogéneos.

Que esto es lo que debe entenderse por la interpretación colectiva del paisaje de una región determinada, no el empleo obstinado de tópicos externos y prejuicios intelectuales por unos cuantos pintores que se copian entre sí hasta el agotamiento y la saciedad uniformes.

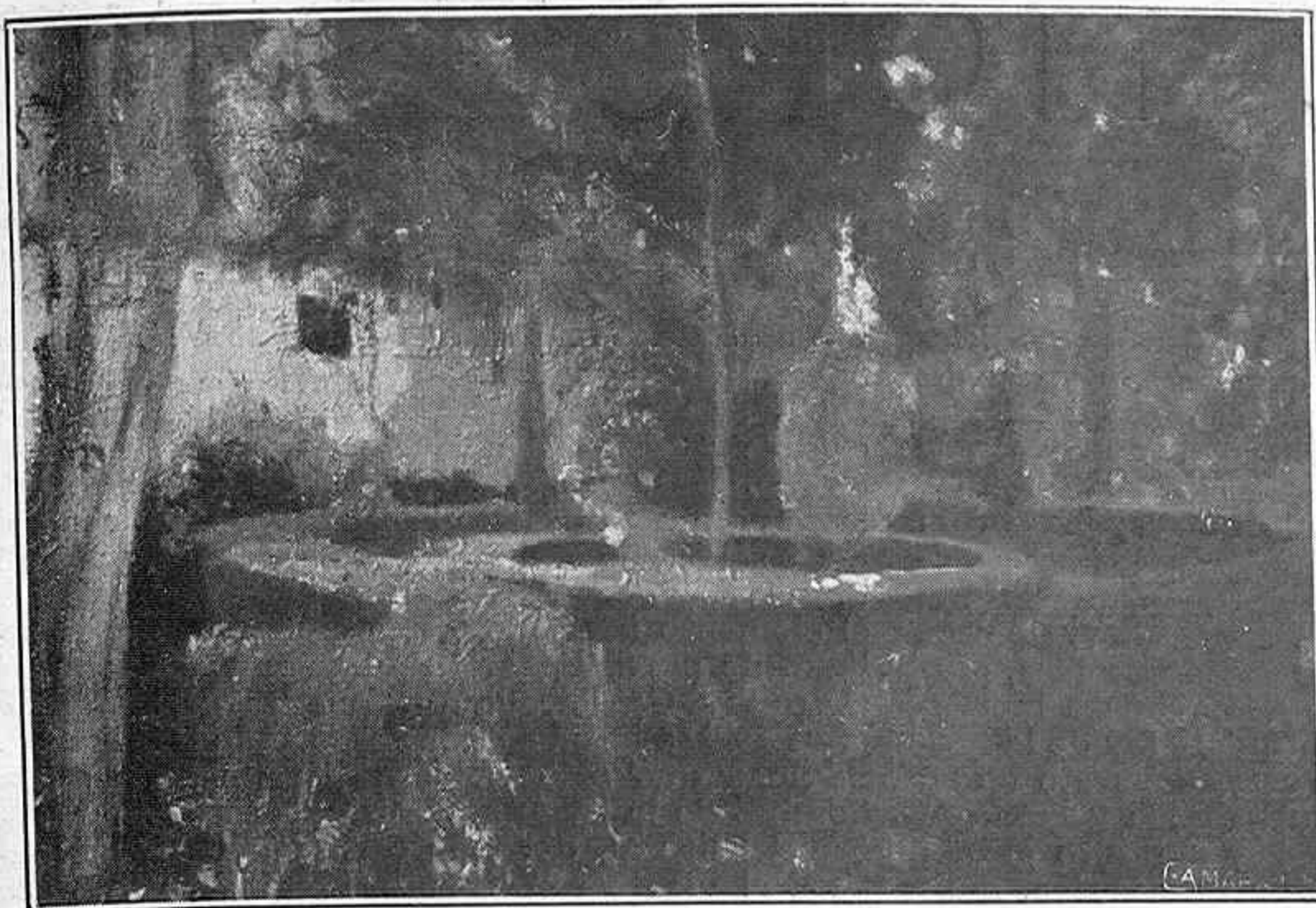
Otra sala está dedicada á los maestros fallecidos. En ella se encuentran cinco paisajes de Martí Alsina, de diferente mérito, pero todos ellos interesantes. *El barranco*, por sus cualidades intrínsecas, por el vigor y reciedumbre con que está construido; *Santa Ana* y *El Ensanche de Barcelona en 1874*, por el romántico poder evocativo que tienen ahora. De Joaquín Vay-



«Pueblo de Llaveneras», cuadro de Juan Colom



«Septiembre», cuadro de Enrique Galwey



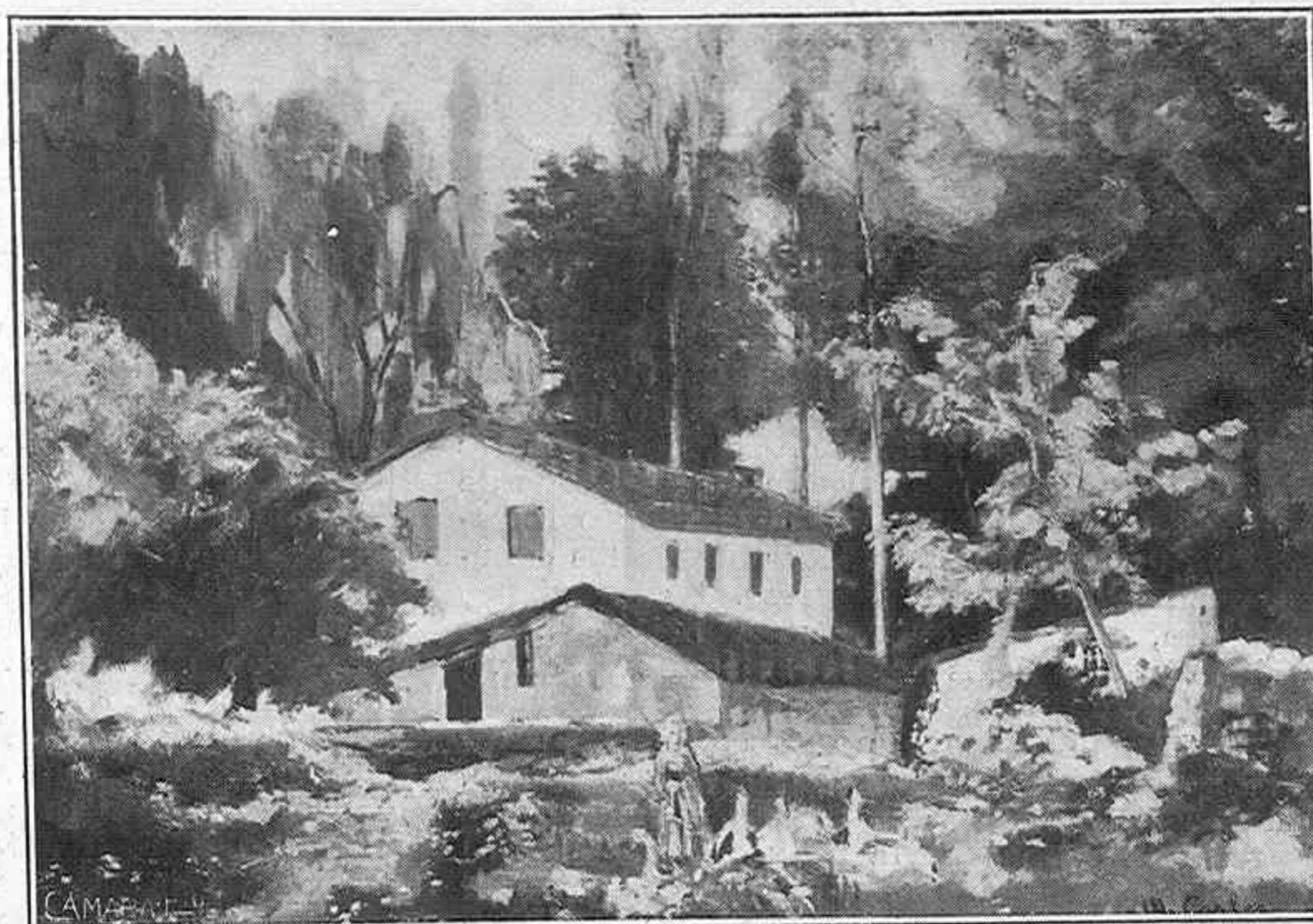
«Jardín», cuadro de Joaquín Mir

reda, el delicado, el idílico Vayreda, el que no supo acertar con una dulzura soñadora no exenta de fuerte realismo, se exponen cinco lienzos muy característicos; Rigalt habla con acento inconfundiblemente catalán, amortiguado un poco, recogido y ajeno á influencias externas.

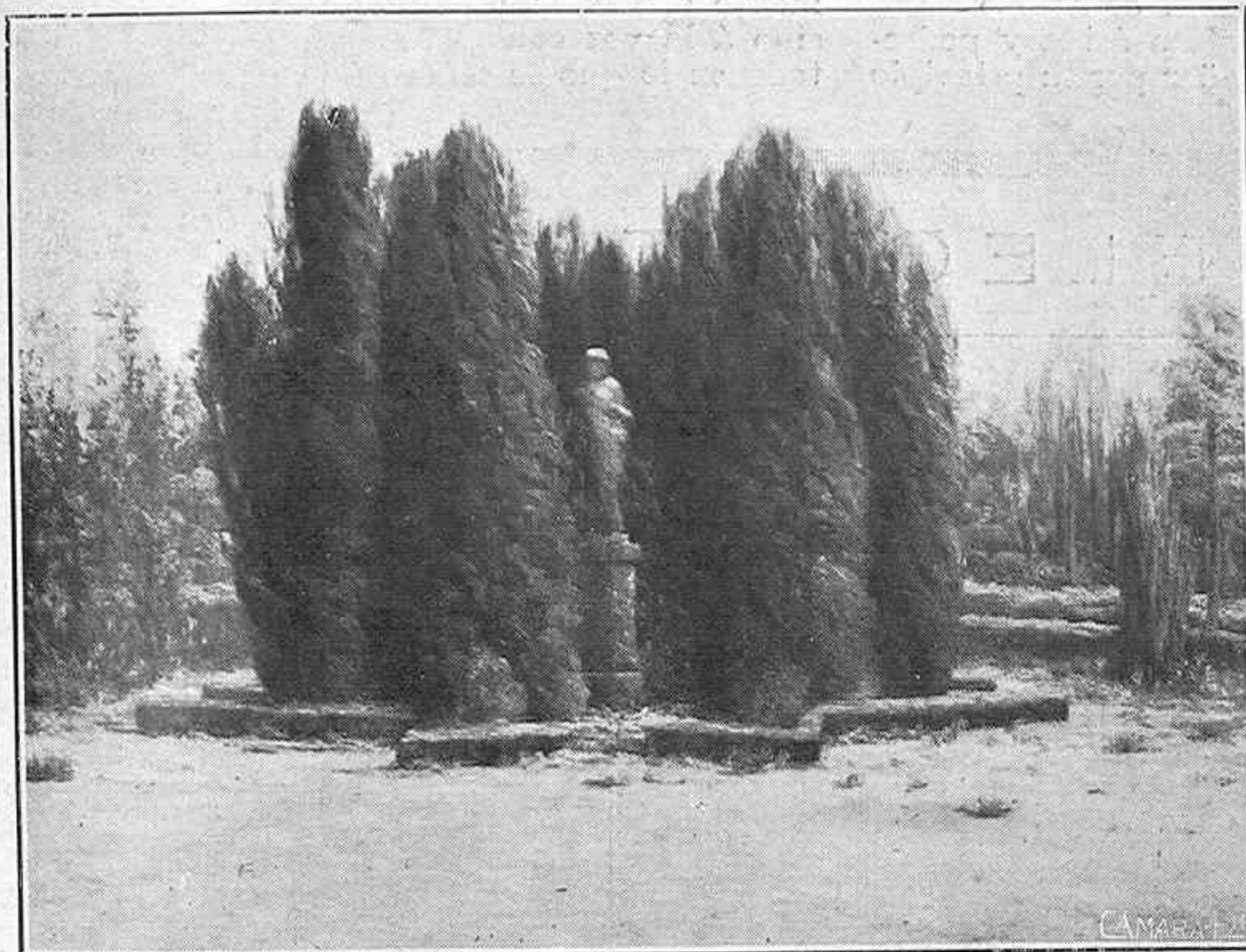
La sección moderna está distribuída en las tres salas restantes. De ella, lo más saliente —dicho sea de un modo rápido, de primera visita, que luego hemos de concretar con mayor sosiego—es, ante todo, el cuadro *Piera*, de Ricardo Canals, tan sutil, tan íntegro de emoción;

*Moxina y Rosales*, de Mallol; *Feudalismo y La Costa brava enjorada*, de Gili Roig; *En Casa el «Ciscu»*, de Vila Puig; *Pirineo*, de Mariano Fuster; *Camino Viejo*, de Drudis Biada.

En cuanto á Enrique Galwey y Domingo Carles, exigen un comentario aparte por cómo



«Rural», cuadro de Domingo Carles



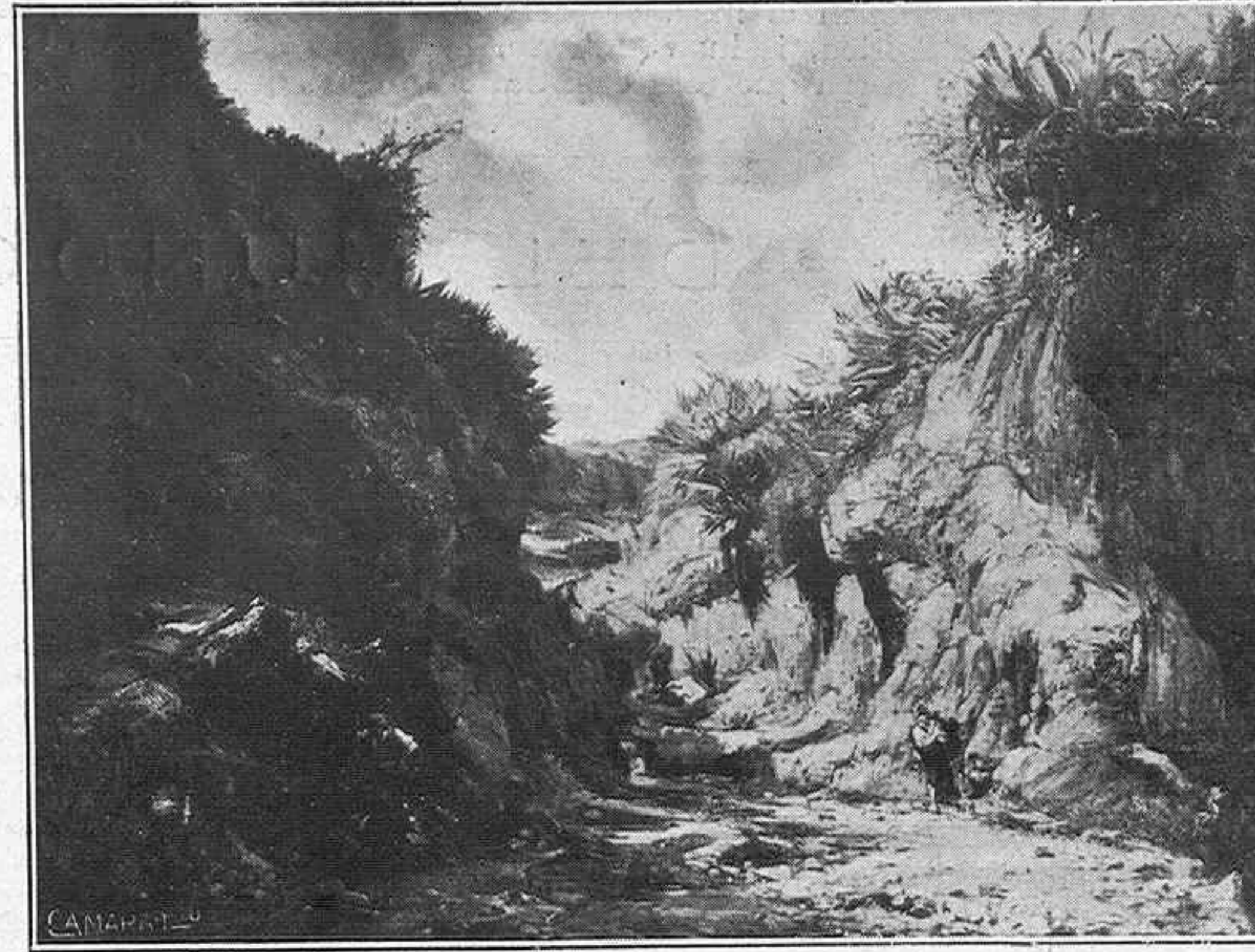
«Jardín de otoño», cuadro de Modesto Urgell

No así el cuadrado de Armet. Y, por último, Modesto Urgell—de quien figura un magistral boceto de retrato firmado por su hijo Ricardo—está representado con el conocido *Cementerio aldeanigo*, que se conserva en el Museo de Madrid, y por un *Jardín de otoño*, donde se halla la sorpresa de una anticipación á la más frecuente de las preferencias temáticas de Santiago Rusiñol.

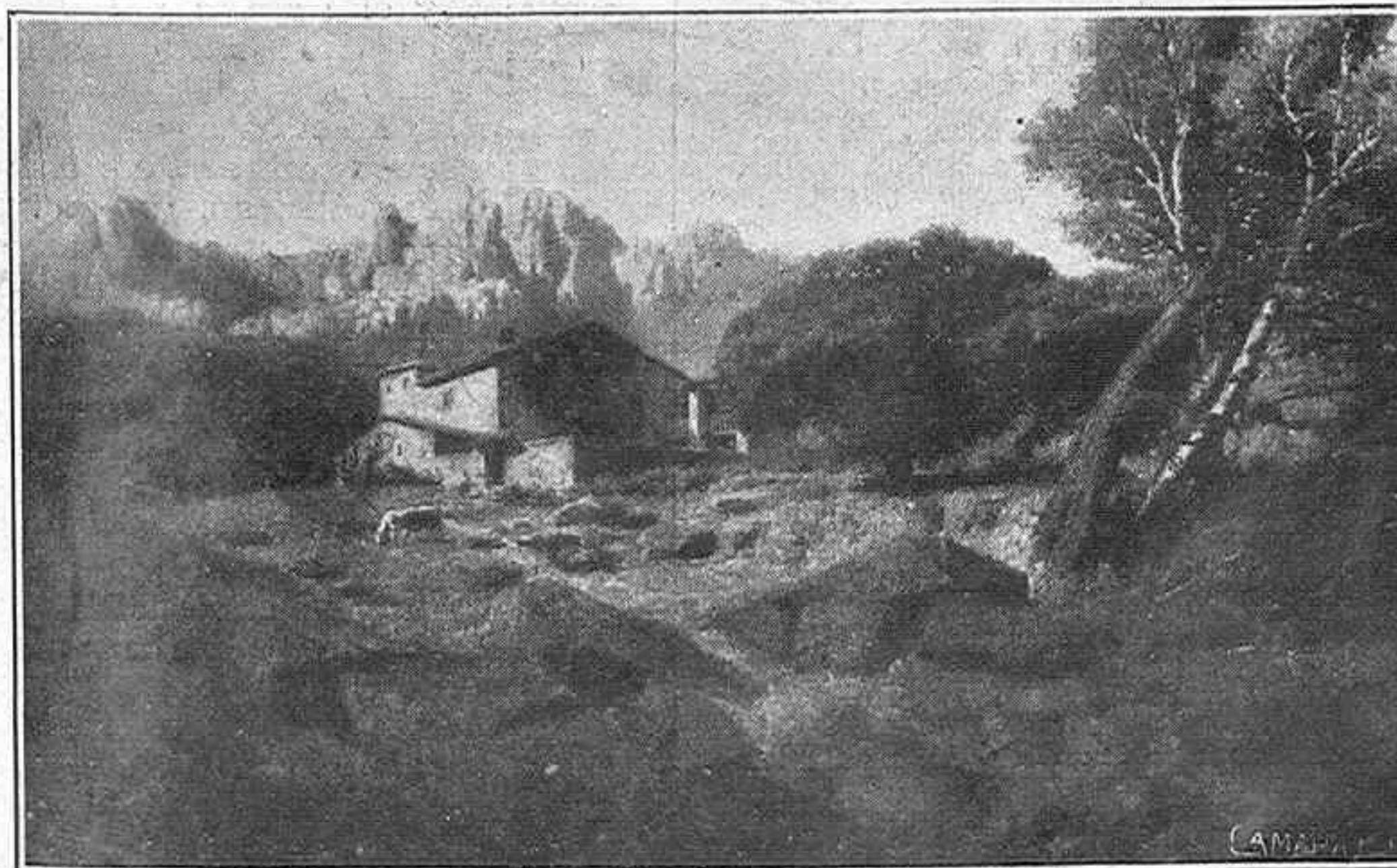
las notas recias, vibrantes, de Nicolás Raurich, *Casa de vecindad* y *Terruños*; *San Pedro Gallinás*, de Rusiñol, que aleja la idea de las arquitecturas vegetales, de las melancolías fastuosas, de los otoños de Aranjuez, para expresar con sincero acento un motivo vulgar; *Del Vallés é Invierno*, de Puig Perucho; *Les Gritelles* y *Molino del Puente*, de Ivo Pascual; los dos paisajes de Olot que presenta Francisco Vayreda; *Fuente*

el primero se limita demasiado á los hallazgos pretéritos de su personalidad, sin el ansia salvadora de la renovación; y por cómo el segundo abandona sus bellas, sus sugeridoras *naturalezas en silencio* para extraviarse en una agria é inarmónica destrucción de normas clásicas á las que parece intentar el retorno.

José FRANCES



«El barranco», cuadro de Ramón Martí Alsina



«Nuestra tierra», cuadro de Jaime Pahisa



«Fuente Moxina», cuadro de Ignacio Mallol

# VIENTO DEL NOROESTE

Por el cielo azul, allá por Noroeste, tras la alta montaña, aparece un tropel de nubarrones cenicientos, galopantes por la cúpula bóveda, que proyectan su tono gris y movedizo sobre la superficie verde de llanos y montañas, clara en los días de sol, densa en los crepúsculos de bonanza, turbia en las horas de tormenta. Con las nubes viene el viento huracanado, que encorva las mieses, dobla los árboles y riza las aguas de los ríos. Es un viento dramático, que ahuyenta aves y bestias á sus guaridas y hace á los hombres atrancar sus viviendas.

El viento del campo no es como el viento de la ciudad. El viento de la ciudad es alevoso, torcido, sorprendente. En una calle nos parece que todo es calma; en la próxima, nos sale al paso un aire impetuoso, encañonado, como la explosión de la pólvora dentro de un fusil. En el campo, el viento avanza en ondas largas y paralelas, como un gran ejército en una extensa línea de fuego. En la ciudad, ataca como en guerrilla, por los flancos y por la espalda, cuando menos se espera. En el campo es un enemigo franco y poderoso; en la ciudad, un enemigo emboscado y astuto.

El viento en todas partes está lleno de vida; es, con el agua, el elemento vital por excelencia; pero en ningún punto produce tan profunda emoción estética como en el mar, después de una gran calma. Práctica, industrialmente, la calma de los mares, ahora que está casi destruida la navegación á vela, es lo más codiciado; pero para el espíritu emotivo, un mar en reposo transmite una impresión de muerte. El agua está bruñida como una plancha de acero y tiene la apariencia de un cuerpo sólido, muy grande y muy grave, que deja caer su enorme peso hacia el centro de la tierra. Esta sensación de pesantez se le comunica al espectador, que participa melancólicamente de la gravedad solidificada del medio entorno. Todo el mundo ha observado la experiencia siguiente: nunca el pasaje de un barco siente el fastidio de la navegación como en los días de calma. Pero llega un viento que quiebra la horizontalidad de las aguas, las ondula y encrespa; dijérase que el mar, de cosa muerta, se ha hecho viva bajo las caricias y abrazos del viento. El espectáculo se embellece en proporción á la magnitud del oleaje, y el sentimiento estético sería continuo y creciente, conforme la tempestad se hincha, si no viniera á neutralizarlo la conciencia del peligro. Esta conciencia roba á los marinos profesionales el goce de la belleza del mar tormentoso, dejándoles sólo el de la belleza del mar en reposo, que es belleza muerta y entristecedora. De ahí la tristeza habitual del marino y su odio perenne al viento.

En las llanuras solitarias y en los montes sin vegetación, el viento es también impulso estimulante que infunde vida á la naturaleza caduca. Schopenhauer

tiene en sus *Parerga* una exquisita página de interpretación estética del mundo natural. «La naturaleza inorgánica— dice—, siempre que no consista en el agua (y en el viento, añadiríamos nosotros), nos hace, cuando se representa sin algo orgánico, una impresión triste, hasta lastimosa. Ejemplos de ello son las cercanías de Tolón, que sólo presentan rocas desnudas, especialmente el largo valle peñascoso por el cual va el camino á Marsella; pero en grande, los desiertos africanos deben producir una impresión más penetrante. La tristeza de esta impresión de lo inorgánico sobre nosotros, proviene, ante todo, de esto: que la masa inorgánica obedece exclusivamente á la ley de la gravedad, y de ahí que todo esté dispuesto en su dirección. Al contrario, la vista de la vegetación nos alegra inmediatamente y en alto grado; naturalmente, tanto más cuanto más rica, múltiple y extensa sea y cuanto más abandonada á sí misma esté. La razón más próxima consiste en lo siguiente: que en la vegetación parece vencida la ley de la gravedad, pues el mundo de las plantas se yergue precisamente en una dirección opuesta; de ese modo se anuncia inmediatamente el fenómeno de la vida, como un nuevo y más elevado orden de las cosas. A él pertenecemos también nosotros: está emparentado con nosotros, es el elemento de nuestra existencia. Por eso nos llega al corazón.»

Esa tristeza de la naturaleza árida y pedregosa, que explica Schopenhauer, por su principio

de la voluntad, ausente de la materia inorgánica, desaparece ó se atenúa con el viento. Es frecuente que las gentes de tierras adentro, sobre todo de tierras esteparias y rocosas, se emocionen eufóricamente cuando el viento pasa bramando sobre la tierra. Son como barcos de caído velamen, que se hinchan con la poderosa ráfaga. Bajo el azote del viento, el llano seco, la montaña rocosa y el hombre de sus contornos se sienten como levantados, erguidos contra la gravitación, vitalizados contra la muerte por el elemento invisible é ingobernable. Un castellano de pura cepa y de fina sensibilidad, José Ortega y Gasset, ha escrito unas páginas de gran fuerza lírica sobre el viento de El Escorial. Páginas que sólo hubiera podido escribir un hombre de la meseta castellana. Para un hombre del litoral, del mar ó de montaña vegetativa, el viento escorialense tiene algo de canto lúgubre sobre el ataúd de un muerto.

En los pueblos marinos y en los valles de gran fertilidad agrícola, este viento del Noroeste, que además de traer la propia fuerza de destrucción, es heraldo de tempestades, inundaciones y pedriscos, entristece el ánimo. No necesita de su soplo este paisaje siempre verde y vital, que los impresionistas acaso no buscan sólo por su color, sino también por su riqueza orgánica, como reacción psicológica, no únicamente contra la técnica de la pintura clásica, sino á la vez contra temas poco vitales, sobre todo en lo que se refiere á la pintura española.

(Valdría la pena de que algún estético ahondase en esta relación de filosofía difusa entre el impresionismo y el vitalismo. Nuestro amigo Juan de la Encina tal vez pudiera desarrollar nos el tema, buscando en la pintura contemporánea influencias conscientes de Schopenhauer, Nietzsche y otros.) Este paisaje cantábrico—á él aludimos principalmente— tiene existencia propia, y el viento, aunque lo anime de movimientos y rumores suyos, no trae, fuera de su emoción estética, nada útil, y por eso el marino y el labriego del Norte le temen como al enemigo de su pesca y de sus cosechas. Cuando avanza sobre los montes que separan el mar y hace galopar á los grisáceos nubarrones, las bestias se esconden y los hombres mueven torvamente la cabeza. Bien está á veces la lluvia que consigo arrastra; pero casi siempre es excesiva y el ímpetu del viento es demasiado tempestuoso.

Muchos casos de locura en estas costas cantábricas, ¿no son terrores ancestrales acumulados contra el Noroeste, que desata galerías y hace zozobrar barcos, ó destruye cosechas ó lanza mortíferos rayos? Muchos enfermos mentales se excitan con el viento, y muchas manías contra el viento en gentes alejadas de las labores marítimas y agrícolas acaso sean reminiscencias atávicas dormidas en la conciencia.

Luis ARAQUISTAIN

## DEL MUNDO ELEGANTE



«Retrato de la señora de Battemberg», cuadro de la notable artista Concepción Montilla Casal

LA MÚSICA Y LAS COMUNICACIONES

LAS ANTIGUAS CORNETAS DE LA POSTA



Relieve en madera representando un antiguo correo catalán á caballo (siglo XVI)

UNA disposición del ministro de Fomento ha ordenado substituir la campanilla de señales por la corneta, para avisar la salida de los trenes. La innovación es algo muy antiguo y muy anterior á los ferrocarriles. Bien merece un poco de historia.

En la primera mitad del siglo xv aparece en Alemania la corneta empleada en los medios de comunicación, es decir, en los correos del Imperio.

La célebre familia de los Taxis, que durante varios siglos fué la gran organizadora de los correos alemanes y españoles, tuvo la iniciativa de proveer de cornetas á todos sus postillones. Y la gran reforma postal del siglo xvi, que se debe á los Taxis, y la organización de una vida de comunicación internacional fué unida á la música de los postillones.

España posee uno de los más antiguos documentos que se conocen en este punto. En el capítulo XXXIX de las Ordenaciones de los Correos de Valencia, en 1506, se dice textualmente «que ningu que no sera confrare puxa portar la señal dels correus ni corneta», y después se castiga con la multa de diez libras al que se encuentre *in fraganti* usando corneta sin pertenecerle. Fácilmente se comprende que las garantías y exenciones que entonces tenían los correos obliga á vigilar escrupulosamente el que nadie se aprovechara de los beneficios que concedían sus distintivos. Alguien pensará qué divertida cosa es esta de demostrar que España fué uno de los primeros pueblos en tocar la corneta; pero hemos de añadir que entonces era modelo en toda su organización postal; que cuantos pro-

gresos se conocieron en Europa aquí se implantaron, y los correos españoles del siglo xvi marchaban regularmente, llevando el nombre y prestigio español de Roma á Bruselas y de Madrid á Viena.

Y en la misma Ordenación de 1506 se reconoce clara y terminantemente la inviolabilidad de la correspondencia, principio que han de tardar muchos años en reconocer las modernas Constituciones.

En Cataluña, un bajorrelieve del siglo xvi existente en el respaldo de un banco de cedro que había en la antigua capilla de Marcús, de

dero en su descripción de la posada inglesa donde, cerca del hostelero que pone sobre su conciencia, supuesta, la mano para afirmar ante el huésped que protesta de la cuenta abusiva, que sólo es lo justo lo que le pide, se ve en la ventana inmediata al postillón tocando la trompeta para que acudan los viajeros á tomar la diligencia.

Hasta los países del Norte llega el influjo, y así lo demuestra un postillón noruego tocando su corneta.

En el siglo xix Alemania establece escue-



«La diligencia», grabado original de Hogarth

Barcelona, nos muestra un correo á caballo tocando la trompeta.

Los Reyes y Príncipes fueron admiradores de las cornetas de los postillones. Pedro el Grande la hizo obligatoria para sus postillones rusos, y Federico I de Alemania cuidaba extraordinariamente de las músicas que debían interpretar.

Pero no sólo fué recreo de los poderosos, sino también de los humildes. Los comerciantes y labradores que usan la posta para trasladarse á la feria, los estudiantes que van á la Universidad, los peregrinos y cuantos viajan se deleitan con los poéticos sonos de las cornetas. Los poetas, como Ferrand, Lennau y Rückert dedican á esta música de los correos admirables versos; célebre y de influencia universal ha sido la obra de Von Scheffel, el trompeta de Säkingen; Mozart se sirve del *cornu di posta* para ilustrar los pasos del minué en una serenata; Schuman, desde Leipzig, escribe á su novia, la

célebre pianista Clara Wieck, la impresión que le causa la música de las cornetas de los postillones, comparando el efecto que le produce al del mejor champagne.

En el siglo xviii tiene una gran época de esplendor el cornetín de los postillones. El aumento de tráfico y el desarrollo de las comunicaciones propaga por toda Europa sus alegres músicas. Hogarth ha dejado un recuerdo imperece-

las postales para enseñar á tocar la trompeta, y para alentar á los talentos musicales otorga como premio al más aplicado de sus postillones una trompeta de honor con boquilla de plata y una banda también plateada que se adapta al borde de la trompeta, sobre la que se graba el nombre del postillón premiado.

El ferrocarril es quien mata á la corneta de los postillones al ir substituyendo á las diligencias. Es muy interesante seguir con detenimiento en la literatura alemana la lucha que mantienen para conservar en lo posible parte de la antigua poesía que encerraban sus antiguas diligencias y sus viejos postillones; pero la marcha inexorable del progreso impone las locomotoras y la muerte de las cornetas. De lo hondo de este sentir da clara muestra el discurso del diputado alemán Schmidt, pronunciado el 3 de Febrero de 1899 al discutirse los Presupuestos de Correos, pidiendo que á los carteros rurales se les dé un cornetín de los antiguos postillones que recuerde en las aldeas las nobles tradiciones de la tierra alemana. El discurso, que encierra todo el anhelo de conservar una bella tradición, fué acogido—según el diario de sesiones—con fervorosa simpatía por toda la Cámara.

Y es curioso cómo el ferrocarril vino con sus campanas á herir mortalmente la poesía de las antiguas postas, y ahora un ministro de Fomento español viene á reconciliar el correo y el ferrocarril.

Celebremos todos el fausto suceso y pidamos que la colaboración entre los servicios postales y los ferroviarios, además de estas cosas pequeñas, sea en cosas grandes; que ya que la tradición nos une, el presente también debe hacerlo.

CAYETANO ALCAZAR



Postillón noruego del siglo XVIII

# LOS PAISAJISTAS CATALANES



COGIENDO SETAS, cuadro de Joaquín Vayreda, que figura en la Exposición de Paisajistas Catalanes, organizada por el Real Círculo Artístico de Barcelona, é instalada en el Palacio de Bibliotecas y Museos de Madrid

EN las dos salas de pintura retrospectiva de la Exposición de Paisajistas Catalanes, los cuadros de Joaquín Vayreda ofrecen un interés amable y elocuente. Son seis, y cada uno refleja instantes fugitivos de ayer en la Naturaleza inmutable: *En la ribera*, *Paseo matinal*, *Campo de esjols*, *Abrevando en el río*, *Las pastoras*, *Cogiendo setas*.

De todos ellos emana aquel sentimiento idílico, aquella ternura expresiva y aquel realismo menos vigoroso, tal vez, que el de Martí Alsina, pero impregnado de bucólico encanto, que eran las cualidades características de Joaquín Vayreda.

No se puede hablar de los orígenes del paisaje catalán moderno sin evocar este artista tan colmado de delicadeza y de sagacidad visual.

Está bien situado y destacado en su época, como lo está ahora en la suya el hijo, Francisco Vayreda, contemplando los mismos motivos paisajistas del padre y dando á su pintura las inquietudes coetáneas.

Joaquín Vayreda nace en 1843 y muere en 1894, en la granada madurez de su talento. Comparte el período turbulento de la segunda mitad del siglo XIX, donde tantas renovaciones se insinúan y tantas ignoradas rutas se abren.

Vive en Olot, y es como el creador de lo que había de significar el *olotismo* en el paisaje catalán moderno, en lo que tiene el nombre de racial, de característico y de puro sentimiento de la tierra nativa.

«El paisaje de Olot—ha escrito á este propósito el malogrado Román

Jori en la revista *Vall i Nou*—no se confunde con ningún otro. Pero es preciso, para que las cosas adquieran valor, que tengan un artista, un hombre de letras, un crítico que haga resaltar sus relieves. Si no se mueren.

Acaso el paisaje de Olot permanecería inédito, á no estar allí para interpretarlo Joaquín Vayreda. Así, pues, el paisaje de Olot no es una creación de la Naturaleza, sino una creación del artista.

El artista supo recoger todo ese color impregnado de humedad y de frescura que tienen los campos de Olot. Esechó el rumor del agua. Y con una conciencia honrada, con toda sencilla modestia, fué creando la admirable obra, que puede considerarse como la primera, dentro de

su género, en España. Ha pasado el tiempo; ha evolucionado el gusto. Muchas de las cosas reputadas ayer como de mano maestra, son hoy escarnecidas. Pero la obra de Vayreda se sostiene. No se apaga la luz que ilumina la obra del pintor montañés.»

Por eso, frente á estos lienzos evocadores, patinados por los años, dotados de la amable ternura y con una jugosa y entrañable belleza, se comprenderá lo justo de las palabras de Román Jori y la certera consagración que hicieron de Vayreda los artistas contemporáneos erigiéndole un monumento «sencillo y modesto» en el fondo del jardín del Palacio Municipal de Bellas Artes, que ahora habrá de transformarse en el Museo de las obras perdurables.—J. F.

MIRANDO AL PASADO  
EL COCHECITO  
DE LAS  
CAMPANILLAS



Ved aquí á un niño que, jinete en el asno que arrastra el tintineante cochecito de "las campanillas", lleno de risas y gorgeos infantiles, siembra á su paso la envidia y la admiración de la chiquillería... Subirle en el coche encantado es proporcionarle una de sus mayores alegrías



Al paso lento y cansino de un burrito primorosamente aparejado, el cochecito de "las campanillas" gira en torno de la plaza de Oriente, llevando en su interior una alegre muchedumbre de chiquillos reidores y gozosos, que agitan sin tregua las diminutas y sonoras esquilas...

Ir por las tardes al Prado ó á la plaza de Oriente, en las tibias y perfumadas horas que anteceden al estío, llevando de la mano á los pequeñuelos que son ángeles en la tierra, y subirlos al cochecito de «las campanillas», á más de regocijar el ánimo de los niños, como una bendición, constituía en lo antiguo una costumbre singularísima de la que no prescindían nuestros padres y abuelos.

Ese recreo infantil, que parece de hoy, pertenece ya al pasado, por lo vetusto, como otras muchísimas cosas madrileñas que perduran como en sus días de apogeo; así, la capillita del arco de Santa María, en lo que fueron cocheras del duque de Frías; la misa de dos, en el Buen Suceso, por el alma de la víctima de un error judicial; el caer de la bola, al dar las doce el reloj de Gobernación; el juego del peón; la hostería de Botín; los globos de colores; los alguacillos de la fiesta de toros; las carracas; los pregones á las puertas de las sombrererías, en los soportales de la plaza Mayor; tantas cosas gratas que forman contraste con el moderno y agitado vivir.

Subid á vuestro hijo en el coche encantado, y le proporcionaréis una de las mayores alegrías. Encantado, porque del fondo de su caja ó del hueco del pescante surgen los látigos de badana que son toda su ilusión, porque como aquellos no los venden en el bazar, y los barquillos de canela que, además de ser más finos y más largos que los de la barquillera encadenada á la suerte de sus números, son regalo de la atenta mujer del cochecito, quien al obsequio une una frase cariñosa. Y en esto se fijan los nenes, por cuanto que sienten preferencia por tal ó cual carruaje, so pretexto de que las campanillas sueñan más, ó de que la burra es más alta, ó los látigos mejores, ó más cómodo el viaje.

Subid á vuestro hijo en el pollino que tira del cochecito con una mansedumbre y una resignación ejem-

plares, y os costará no poco esfuerzo ponerle luego en el suelo, dada la inmensa satisfacción de verse á caballo en un «arre» de carne, con estribos de verdad, con bridas auténticas, más firme y con menos miedo que en su caballo de cartón, sujetas las piernecitas para no caer, muy ufano al frente de la demás chiquillería, en plena calle y ante las miradas de todo el mundo.

El cochecito de la infancia, por pertenecer á ella, es ingenuo, admirable y digno de respeto y cuidado. No tiene nada de la pompa mundanal: es humilde, es sencillo, circula por los paseos, y todos los viandantes se apartan para que él cruce. Es, además, tradicional, porque ha conocido distintas épocas; porque su vivir está unido al pretérito vivir, á cosas y sucesos de este bello Madrid, que si bien es cierto que se engalana con trenes subterráneos, conserva no pocas reliquias de tiempos pasados, que á muchos harán llorar con sus propios recuerdos. ¿Cuántos perso-

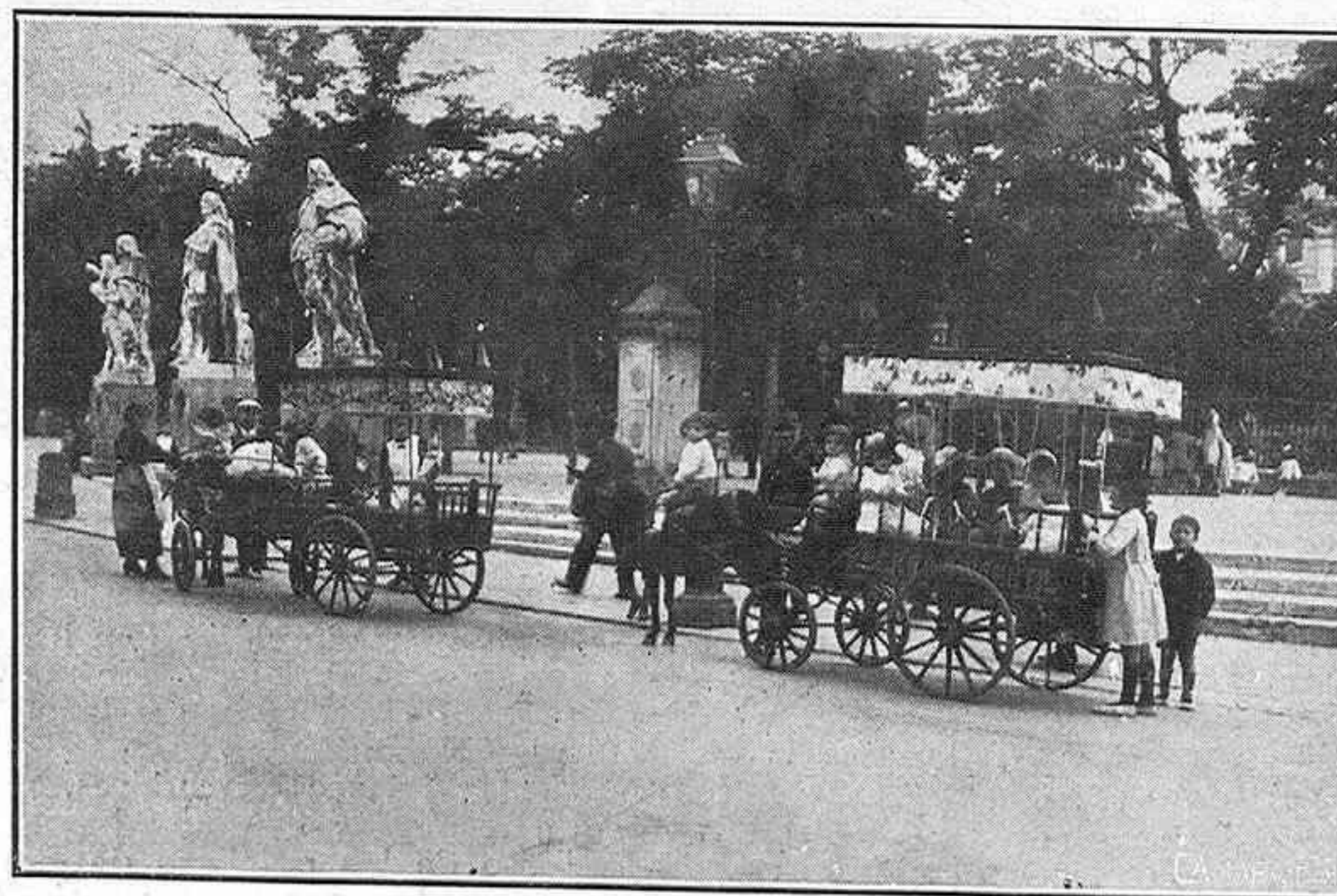
najes de hoy, cuántos hombres que han llegado á la cumbre, ó que escalan su altura, no pasearon, cuando niños, en el cochecito que hoy todavía se ofrece á sus ojos como un silabario antiguo ó un viejo retrato familiar? ¿Cuántas mujeres, hoy felices señoras de su casa, no se rieron cuando, saltando á la comba, veían gritar en el pescante al rapazuelo que en el curso de la vida había de ser su marido? Y para estas personas maduras, ¿no es evocador el cochecito? Tan evocador, que dice apolillados aires de zarzuela, páginas de novelas románticas, noches del Salón del Prado, damas tocadas con mantilla y caballeros con sombrero de copa y estrecho pantalón.

¡Aquellos días! ¡Aquellas horas! Se paseaba por el Sotillo y aún conservaban su esplendor las romerías del Trapillo y de Santiago el Verde. Las muchachas se adornaban con guirnaldas de rosas y claveles y jugaban á la gallina ciega.

Los Reyes paseaban á pie y conversaban con los niños. En el fondo del paisaje veíanse las tapias de la huerta de San Jerónimo y el Tivoli...

Las sillas eran de paja y se pagaban cuatro cuartos por cada una. Servíanse refrescos en los aguaduchos que hemos llegado á conocer.

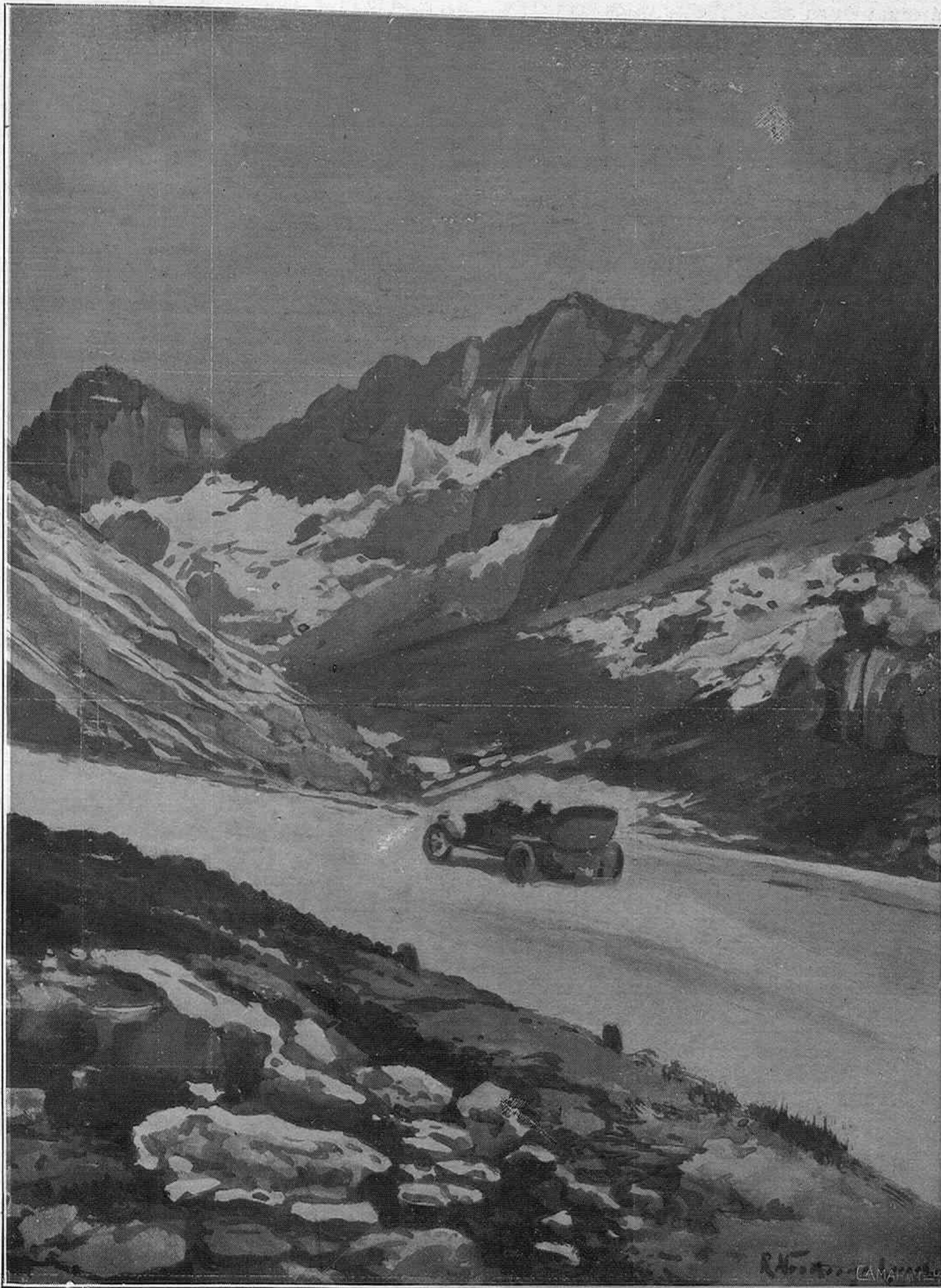
Ajenos á las luchas sociales del presente, disfrutaban nuestros hijos en los paseos hermosísimos de Madrid, jugando y aspirando la fragancia del ambiente, en las tardes plácidas. No pueden saborear los limones, aguas de canela, pastillas y golosinas de los «garabitos», pero devoran los barquillos de canela, tan semejantes á los cañutillos de antaño, y montan en el borrico, y suben en la misma carrocita que nos llevó á nosotros, como por un camino de ensueño; que ensueño es la edad infantil, y sus juegos y sus ilusiones, como lo es el Prado, y la plaza de Oriente, y el simpático cochecito de «las campanillas».



El cochecito de la infancia es ingenuo, admirable y digno de respeto

ANTONIO VELASCO ZAZO

# "SCHERZO" EN LA NIEVE



Las nieves de Diciembre confiesan el Invierno.

Hasta entonces, es esa inquietud para iniciar su entrada triunfal, esa inquietud que no fija nunca la definida llegada del Invierno y que hace que cada día incierto parezca que va á llegar, ó parezca, indefinidamente, que ha llegado.

Desde entonces, el Invierno.

Pero un Invierno breve.

Es porque sólo Diciembre se lleva la esencia. Enero mezcla con el Invierno la ternura del año. Febrero tiene claridades como una ventana á la Primavera.

Todo es, luego, decadencia; y cuando la nieve ha llegado, rezagada, en Abril y aun en Mayo, era una nieve que caía del Sol.

La verdadera es esa capa de Diciembre que tienen las montañas debajo de toda la nieve del año. Es una capa que abriga á la tierra con recio cariño, contra los vendavales, las ventiscas, las heladas, el Sol de mentira...

Y únicamente cuando ve en el Sol, cerca del Verano, la misma franqueza y amor que ella tiene á la tierra, y ve que hay de ese Sol al Sol frío de los vendavales, lo que de ella á esas nieves que mudan de sitio, que se deshuelan ó que juguetean sin seriedad, únicamente entonces da en marcharse por las venillas de la montaña, montaña abajo, tranquila y limpia y sin torrentes, como su conciencia, que no es como se deshuelan las nieves falsas de Noviembre ó de Enero.

Diremos: la nieve de Diciembre es la madre de las montañas; el Sol es el novio.

Y cada año se casan, cuando la madre confía en el novio que ronda.

ooo

¿Existe el paisaje triste de la nieve?

El tópic literario nos le da.

Y no obstante, nosotros no acabamos de creer en él. Hemos visto á los campesinos cargados de haces de jara para su lumbre, y la nevada va tornasolando con su blancura el haz apretado...

La nieve cruje á sus pisadas, y consiente en que la blanca alfombra no sea el tapiz de una princesa de cuento, ni de un príncipe de leyenda, ni de un juglar arrecido por la nieve y porque se lo dicte su pillería, ni menos del leñador cruel que da con los golpes del hacha las horas de la muerte á los árboles plenos de vida.

La nieve es el paso inmenso y sencillo del

campesino humilde, de la campesina que es madre, de la viejecita hogareña y de los rapaces que fraternan con el lebrél que hocica alegre en la nieve haciéndola saltar como él y como ellos...

Y vuelven dichosos de la montaña, pensando en el cálido sacrificio de las retamas, que ya les van abrigando con su peso.

ooo

Los «autos» van cargados de juventud.

Pero no es la juventud espumosa y alegre de otras ocasiones, ni la juventud apasionada y ardiente de corazón. Una y otra serían enemigas de la nieve, y su vaho y sus cuerpos la derretirían.

Esta que en Diciembre llena los «autos» que ensucian con sus rodadas las blancas carreteras del monte, lleva tal intensidad de afición al deporte, que cuando bajan luego las pendientes inmaculadas en los *skees* noruegos, abriendo los brazos para guardar el equilibrio, el aire frío que les da en el pecho no siente calor.

Y las mejillas van heladas y no les importa otro beso que el del aire de nieve.

Ellas y ellos llevan el botón de colorines en el casquete, y las tiras inglesas suben rolladas

por las piernas en ellas y en ellos, sin otra pretensión que la de apretar, olvidándose de la coquetería.

Los gritos alegres, los bolazos de nieve, las caídas extrañas en las que la punta del *skee* surge donde menos se espera, todo enfriaría las pasiones sentimentales; todo hace que los corazones sean bolas de nieve incrustadas en el pecho.

Hay algo de incompatibilidad con las miradas ardorosas.

Y es que la nevada no da rincones íntimos. Al contrario, la nieve deja todo el panorama al descubierto hasta el infinito, y así como patinan los *sportsmen* y patinan las miradas de los aficionados al paisaje, así se escurriera y se dilataría la idea de intimidad que se precisa para estuche de un momento de sensiblería...

Eso sí: del monte, y virando por las revueltas como en un «auto» del Diablo, entraríamos en Madrid buscando el Ritz ó el Palace, para desentumecernos, no con la taza de té ni en el sillón demasiado blando que nos arroja, ni con la danza y la música del salón cálido de luz.

Es que, ahora, una palmera falsa da su sombra pequeñita en el tapiz del suelo, y en

aquella sombra de juguete no caben más que dos.

Y ya los corazones vuelven otra vez á su calor, del que supo interrumpirles solamente el vicio de amar á la nieve—que á la nieve sólo se la ama con un corazón de nieve.

ooo

Un día—es la última estampa del poema—, había un gorrión muerto sobre el inmenso imperio de la nevada.

Toda la blancura para él solo.

Las novias de la nieve lo rodearon, y una mimó el cadáver con sus manos enguantadas, y otra se desnudó las manos para cogerle...

Esta vez, los corazones estuvieron á punto de deshelerse...

Fué entonces cuando una alpinista exclamó, después de un silencio de todas:

—¿Qué tristeza si la nieve fuera negra!...

Y únicamente la más frívola se atrevió á comentar:

—¿Por qué no será cada año de un color?... No creo que costara tanto trabajo...

ANTONIO ROBLES

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



DOMADORES  
: DEL ÉXITO :

## BLANCA DE LOS RÍOS

CONOCÍ á Blanca de los Ríos hará algo menos de una década, á causa de su afecto y de su admiración por la condesa de Pardo Bazán, y de los que á mí me atribuía...

Invítome á una reunión íntima en su casa, con objeto de ver por cuáles medios se podría imponer la candidatura de D.<sup>a</sup> Emilia para un sillón de la Academia Española y calcular cuántos inmortales la votarían y el éxito que una campaña periodística, para la cual se contaba con mi pluma, pudiera obtener.

Acudí por galantería. Mi sorpresa fué grande al verme varón único entre varias mujeres cuyo nombre prestigioso omito, no por las otoñales cuyo modo jovial de hablar de literatura, arte y feminismo irradiaba simpatía y respeto, sino por las jóvenes á quienes la severidad de tocado, la rigidez de actitud, lo seco de ademanes y lo campanudo y parlamentario de dición dábales imponente aspecto de negro catedrático, y á mí, poco dado á tomar nada en serio, movíame á risa...

En pocas palabras apagué el entusiasmo de aquella asamblea:

—Doña Emilia no será académica—dije. Blanca de los Ríos, el espíritu más tenaz, quizá por ser el más femenino de los allí presentes, insistió:

—Pero, ¿en su información de *Nuevo Mundo* no hubo bastantes académicos que ofrecieron votarla?

—Los que eso ofrecieron, algunos con poca sinceridad—dije yo—, no la votarán para no perturbar la paz entre los doctos varones de la Corporación.

—Pero, ¿por qué tienen esa misoginia los académicos?—preguntó no recuerdo quién.

—No es eso—repliqué—. Doña Emilia tiene su mayor enemigo en su egolatría y en su antipatía personal.

—¿Antipatía en mujer tan amable?

—Es que su amabilidad... No es lo mismo obsequiar á uno dándole en propia mano una caja de bombones, que arrojándosela á la cabeza desde un cuarto piso. Las amabilidades de la condesa son así: caen desde tan alto, que lastiman... Pretende D.<sup>a</sup> Emilia con su ingreso en la Academia una conquista feminista, y sus genialidades se la cerrarán á la mujer mientras ella viva. Un académico muy basto me dió la opinión que á la mayoría de ellos les merecía la condesa, en un rústico refrán altoaragonés, que dice: «Lo que hace con el morro, lo borra con la coda...»

Así ha ocurrido. La insigne condesa no fué académica, con sobra de mérito, por falta de simpatía.

De su egolatría da idea una sencilla frase que le oí en el ensayo general de una obra suya, que no gustó, al dirigirse á Blanca de los Ríos, en solicitud de que le presentase á un célebre crítico:

—¿Cuádrele usted ese toro!

Para ella, el crítico no era sino un bicho lidiable, y Blanca de los Ríos, con todo su mérito literario y todas sus nobles cualidades de gran dama, su peón de brega.

Cuando se lo recordaba yo, días atrás, á Blanca, me contestó:

—Sí. Me lo decía á menudo. Por cierto, la primera vez que me lo dijo pregunté qué quería decirme, porque yo no entiendo de tauro-maquía...

Naturalmente, en aquella reunión, para no imitar á Paris sembrando la discordia, me callé que á varios académicos les había oído decir lo siguiente, poco más ó menos:

—En cambio, ¿sabe usted quién tendría muchos votos para ser elegida, si se lo propusiera? Blanca de los Ríos.

Algunos de ellos, más que abuelos, decían familiarmente *Blanquita*.

—Sí. Me lo han dicho algunos—me confirmó al celebrar esta interviú la ilustre dama—. Pero yo les he replicado: «Muchas gracias por la lisonja. Pero ya verán ustedes cómo el día que falte Emilia, no se confirma la verdad de tanta belleza...»

—Sin embargo—repliqué yo—, hay dos mujeres que tienen muchas probabilidades de ingresar en la Academia Española: usted y Concha Espina. Los defensores de la ilustre autora de *El Metal de los Muertos* alegan que ya tiene dos premios de la Academia, y esperan que ganará un tercero, lo cual le dará derecho para

dole de literatura; y cuando la vi como reconfortada, le dije:

—Bueno. Ahora, que ya la he reanimado, vamos con la interviú. ¿Dónde nació usted? Es pregunta de padrón, pero inevitable para un repertorio biográfico.

—En Sevilla, en donde el Ayuntamiento me hizo la merced de dar mi nombre á una calle. Iban á dárselo á la de Francos, pero la cambiaron por otra, porque esa pertenece á las que llaman allí del repartimiento de San Fernando, por el origen ó la procedencia de los guerreros que ayudaron al Rey Santo en la conquista de Sevilla.

—¿Ponemos la fecha de su nacimiento?—pregunté con timidez, por tratarse de una mujer.

—Tan tonto me parece ocultarla como ponerla: 15 de Agosto de 1861...

—¿Ambiente en que usted se crió?

—El que he vivido siempre: artístico y literario. Mi padre, como mi marido, fué un ilustre arquitecto, don Demetrio de los Ríos, hermano del sabio Amador de los Ríos, el cual, por cierto, entre las muchas genialidades que tenía estaba la de pretender que de su segundo nombre Amador hiciésemos un apellido. Mi padre era, á la vez, un gran arqueólogo. Ha dejado inéditos más de 40 volúmenes. Para completar el ambiente literario y artístico en que nací y me crié, mi madre, D.<sup>a</sup> María Nostenchs, de origen catalán, tenía también afición muy honda á las Bellas Letras, y aptitudes para cultivarlas. Escribía á hurtadillas, y escondía lo que escribía. A un hombre de ideas muy distantes de las mías, como D. Narciso Campillo, le estimé siempre porque hizo justicia al mérito literario de mi madre. Por mi madre tengo un culto que los años

agrandan en vez de amenguarlo—dijo conmovida, temblando de emoción y saltándose las lágrimas—. Tenía una memoria estupenda. Sus diálogos con mi tío Amador eran preciosísimos, por el contraste entre su sencillez y el empaque magistral de su cuñado, que no podía tolerar que nadie, en familia, supiese algo que él sabía.

—Era usted aplicada en su infancia?

—Sí, señor. Aprendí á leer muy pronto. A escribir tardé bastante más. En el colegio me llamaban «la Escritora», porque hacía versos de memoria, y me sabía muy malo. Mi madre, en vez de darme á leer, como se les da á los niños, cuentos fantásticos de brujas, me hacía leer episodios históricos españoles. Recuerdo que muy niña aún me leí la *Historia de España*, del Padre Mariana, un tomazo infolio que me lo tenían que poner en una silla... Durante una enfermedad de mis padres, les leí todo el Teatro de Calderón... De ahí mi afición al teatro antiguo...

—¿Y su afición á escribir para el teatro?

—Sí, señor, aunque no haya logrado estrenar, no sé si por falta de acierto propio ó de buena voluntad ajena...

—¿A qué edad escribió usted su primera obra?

—A los siete años. Se titulaba *La Estrella de Sevilla*... Me lo escribía mi hermano, porque yo no sabía aún, y yo le dictaba los versos. Figúrese usted lo que saldría... Se lo enseñé á mi madre, y me dijo que ya se había adelantado Lope de Vega á escribir otra obra con el mismo título. Entonces rompí la mía. Lo primero que escribí ya con ilusiones fué *La última joya*, que



La ilustre escritora Blanca de los Ríos en su gabinete de trabajo

el ingreso casi automático en la docta Corporación... ¿Por qué no intenta usted el asalto?

—No lo intentaré jamás, aunque estime el lograrlo como el más alto galardón literario y aun social á que pueda aspirarse en literatura, sino por parecerme que la Academia aún no está por admitir á la mujer. Por esa creencia, algunas veces, cuando la condesa de Pardo Bazán, que lo intentó más que por satisfacción propia, por defender los fueros del sexo, asistió en alguna solemnidad á estrados académicos, no pude evitar el decirle: «No sé cómo sube usted ahí. Yo, cuando sé que alguien no me quiere, ¡no paso ni por su barrio!...»

—Además, usted ya pertenece á otras Academias.

—Sí, señor. Soy socio de honor de la Academia Americana, de Cádiz; de número, de la del mismo nombre, de Madrid, y correspondiente, de las de Buenas Letras, de Barcelona y Sevilla, y de la de Ciencias Históricas, de Toledo.

Estaba Blanca de los Ríos, el día que celebramos esta entrevista cuyo extracto voy trazando, bastante delicada, como siempre. La propia Pardo Bazán, en un artículo altamente justiciero, por laudatorio, para la autora de *El Siglo de Oro*, manifestaba su asombro de que con tan poca salud hubiera podido realizar tan importante labor en la novela, en el cuento, en la crónica, en la poesía, en la crítica, en la erudición, y ahora mismo en el periodismo con su interesante y patriótica revista *Raza Española*.

Sé yo por experiencia que todos estos seres frágiles y endebles, en cuanto se les interesa el espíritu, parecen revivir. Empecé, pues, hablan-

también fué objeto de consulta materna. Mi madre me alentó. Algunas veces me decía de un modo conmovedor: «Yo quisiera que tú fueres lo que yo no he podido ser...» Sí. Mi madre moldeó mi espíritu literario...

—No—repliqué—. Es que se lo infundió con el ser.

—Luego escribí los *Madrigales*, versos de la niñez. Lo primero que publiqué fué *Margarita*, novela firmada bajo el seudónimo de «Carolina del Boss», anagrama de mi nombre y apellido. El 77 murió mi madre, dejándome un dolor indescriptible en el alma. Quise dedicarle unos versos. Hice muchos, pero los rompía todos, porque me parecían indigna ofrenda para tan excelso espíritu. El 79 empecé á venir á Madrid á pasar los inviernos con la familia de D. Mariano Romea, y empecé á frecuentar las casas de la marquesa de Dos Hermanas y del marqués de Valmar, que era una especie de abuelo poético mío, y luego las de Valera, la Pardo Bazán, con quien siempre me unió entrañable afecto... Conocí por entonces al gran Menéndez y Pelayo, que me distinguió mucho siempre..., y á quien defendí, no obstante estar grandemente quejosa de él, cuando otros le abandonaron, y así me lo agradeció él en el prólogo de *El Siglo de Oro*...

—¿Cuándo publicó usted algo en Madrid?

—A poco de llegar: el 79: *Esperanzas y recuerdos*, versos...

—¿Qué poetas cree usted que influyeron en su labor?

—Sobre todo, Zorrilla y Bécquer. El pobre Zorrilla, á quien nadie le hacía caso en las tertulias, no obstante tener una conversación ingeniosísima, me sentaba casi siempre á su lado y me contaba cosas de su tiempo que me deleitaban. A mí me daba mucha lástima que no le atendieran, porque le gustaba muchísimo ser escuchado.

—¿Cuándo empezó usted sus estudios sobre Tirso y el Teatro Español Clásico, que tanto trabajo le han costado y tanta gloria han reivindicado para España?

—El 84. Por entonces anunció un concurso la Academia Española. Para el 85, creo que fué, presenté á aquel concurso una cosa sin acabar, por no haber venido á tiempo unos documentos que necesitaba. La Academia me concedió, condicionalmente, un premio de tres mil pesetas. Por cierto que el marqués de Molins, antes de conocer al autor premiado, tenía escrúpulos de dar su importe, porque decía: «¿Y si es un chico y se juega el dinero?» Contesté diciendo que lo aceptaba, siempre que la Academia aceptase á su vez el darme libertad para concluir la obra presentada cuando pudiese y el derecho á poner en la portada: «Premiado por la Academia Española.» Lo aceptó, y yo hice con aquel trabajo, ampuado a fuerza de estudios, mi *Fray Gabriel Téllez* (Tirso de Molina), estudio biográfico y crítico.

—Obra maestra de erudición, de psicología, de perspicacia y de buen decir—añadí yo—.

—¿Y cobró usted su premio?

—No he percibido un cuarto. Y eso que yo me había gastado cuatro veces el importe del premio.

—¿Cuánto dinero le han costado sus estudios de erudición?

—No lo sé. Mucho. Y de paciencia, no habemos: he tenido la benedictina de leerme, folio por folio, todos los libros bautismales de todas las parroquias de Madrid correspondientes á un espacio de veinte años, de 1560 á 1580; todos los libros de *matrícula, prueba de curso, actos y grados y claustros* de las Universidades Complutense y Salmantina, en busca de datos para la biografía de Tirso de Molina... Es más: en un viaje á Soria para averiguar si Fray Gabriel Téllez había muerto allí, pesqué un reuma intercostal...

—¿Le habrán ocurrido también, seguramente, episodios graciosos en sus andanzas por los Archivos?

—Sí. En uno, cuando pedí el testamento de Fray Gabriel Téllez, me contestaron, con una suficiencia aplastante: «¿Pero usted no sabe que los frailes no tienen por qué hacer testamento?» Ignoraba el buen señor que los frailes antes de profesar hacían testamento. Por cierto que encontré todos los testamentos de los que profesaron cuando Tirso de Molina, pero no el libro que contenía el suyo...

—Y en lucha con los eruditos, por sostener la verdad, también le habrán ocurrido lances curiosos.

—Sí. Vaya uno: el doctor Farinelli, que re-

cababa para su patria, Italia, la paternidad del *Don Juan*, que, según probado de go ya, es española y de Tirso de Molina, en un estudio acerca del famoso burlador, publicaba un dato insignificante, y en tono desdenoso decía: «Esto será muy útil para Blanca de los Ríos.» Años más tarde vino á España, y cuando desalentado por no hallar los documentos acerca del «Convidado de Piedra» que buscaba, le dijeron que yo era quien más y más ignorados los poseía, vino á pedírmelos, sin acordarse del desdén anterior. Entonces, después de obsequiarle muy cortésmente, en uno de mis pocos momentos de ironía, le repliqué: «Esos datos sólo pueden ser útiles para Blanca de los Ríos.» Cayó en la cuenta del por qué lo decía, y todo se le volvieron disculpas...

—¿Es usted feminista?

—Sí, señor. La mujer es tan apta para toda clase de disciplinas como el hombre. Lo prueba la Historia, que si en número ofrece menos reinas que reyes, en grandeza muestra más, desde Semíramis hasta nuestros días, hasta el punto de que mujeres sin preparación fueron luego grandes reinas, como nuestra Isabel la Católica, la más grande, á mi juicio, de todas. La propia guerra europea dió ocasión para demostrar la aptitud de la mujer para todo. Por sentir el feminismo, tanto como por admiración y cariño, trabajé la elección de la condesa de Pardo Bazán para la Presidencia del Ateneo, y la secundé en otras ocasiones. Eso no quita para que yo crea que la mujer tiene su misión peculiar. A mí no me gusta en este problema del feminismo sacar las cosas de quicio. Con todos sus derechos, me gusta que el hombre sea muy hombre; pero con los mismos derechos, la mujer, muy mujer.

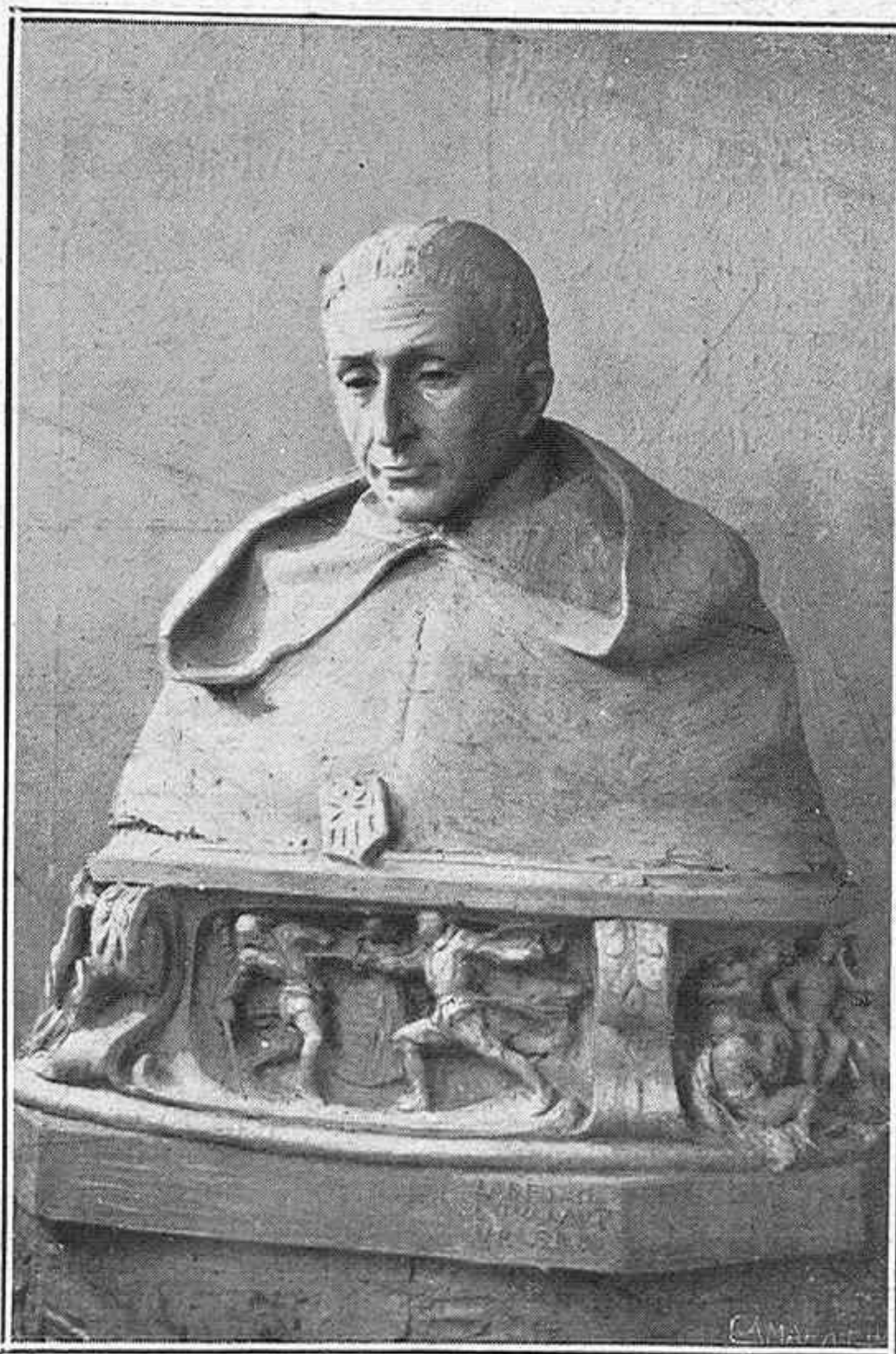
—¿Cuándo empezó usted las relaciones para casarse?

—Muy temprano. Creo que antes de los veinte años. El concluyó su carrera, y nos casamos.

—¿Son ustedes muy felices?—le pregunté, no por ignorarlo, pues sé que su matrimonio es de los pocos en que siendo la esposa literata están muy bien avenidos, sino por darle ocasión de decirlo.

—Sí, señor. Mucho. Mi marido no se ha opuesto jamás á mis aficiones literarias, tal vez porque, aparte la bondad de su corazón, las siente artísticas con la hondura que ha demostrado haciendo su nombre ilustre. Quizá el Arte y la Literatura nos unieron más...

El propio D. Vicente Lampérez me lo confirmaba luego al decirme:



TIRSO DE MOLINA  
Escultura del ilustre artista Coullaut Valera

—A mí me gusta que mi mujer tenga talento y se lo celebren, y que brille..., sobre todo siendo siempre una dama como es...

—Sobre todo—le dije yo—teniendo una personalidad propia y eminente en Arte como la que usted tiene.

—¡Pchs! No negaré que me habría desagrado ser nada más el marido de una gran escritora...

—¿Y para el Teatro, qué ha escrito usted?—pregunté á Blanca.

—El *Padre de su enemigo*, drama de la escuela echegarayesca, en verso. Y luego, *El conflicto* y *Farsa*, dramas también, premiado el segundo en un concurso abierto por el Ayuntamiento madrileño.

—¿Cómo no los estrenó usted?...

—El premiado por el Ayuntamiento, porque se concluyó la temporada sin que pudiesen estrenarlo. Y á la siguiente, me dijeron que la condición de estrenarlo se refería á la temporada en que se abrió el concurso...

—¿Y el otro drama?

—El otro... Se lo leí á D. José Echegaray. Me lo elogió mucho. Me dijo que le mandara una copia, para llevarlo á un teatro de gran importancia... Se la envié... Y hasta ahora... Le volví á encontrar en el banquete á la Rattazzi. Hizo la mar de equilibrios para no encontrarse conmigo; pero, por fin, le abordé cuando ya se iba y le pedí noticias de mi obra. Me contestó entre dientes unas disculpas y unas promesas, y hasta ahora... Por indicación de la condesa de Pardo Bazán—que había empezado diciendo que el Teatro era un arte inferior, y había concluido escribiendo nueve dramas en un verano—, y por su recomendación, leí *El conflicto* á D. Angel Guimerá. Lo elogió mucho en mi presencia, y en mi ausencia, ante la condesa de Castellá, prometió interesarse por que se estrenase, y tampoco se ha estrenado... En fin, insistió otro amigo mío en que le leyera una de mis obras teatrales á un autor y empresario de un teatro madrileño, pero sin que la conociera su mujer, porque si no, no me la estrenaría. Accedí á leérsela. Se presentó él con muchas prisas, y escuchó complacido los dos primeros actos, que elogió mucho. Como no tuvo tiempo para más, me pidió permiso para llevársela á su casa y concluir la lectura. Me resistí un poco. Pero como él me daba ya por admitida la obra, accedí... Luego, en vez de estrenarla, me contestó dándome una opinión, que yo no había pensado pedirle, porque su concepto de la Literatura dista mucho del mío... Al leerle mi obra, no pretendía saber más que si quería ó podía estrenarla. En manera alguna un juicio literario, que no me interesaba... La explicación de todo lo ocurrido con los autores me la dió Zeda: «Mire usted, á nuestro padre que viniera con una obra, le cerraríamos los autores el teatro, si pudiéramos.»

—Una pregunta final, que agradecerán, si usted la contesta, cuantos se interesan por nuestras glorias dramáticas. ¿A qué atribuye usted la escasez, casi la falta de documentos oficiales acerca de la vida de Fray Gabriel Téllez, el dramaturgo digno de codearse con Shakspeare, según la valiente afirmación de usted?... ¿Será por escrúpulos monásticos, algo así como castigo á la injusta fama de escabrosas que tuvieron sus obras tiempo después?...

—Creo tener la solución del enigma... A su origen, tal vez.

—¿Cree usted que fué hijo natural?...

—Pudiera ser...

—¿De rey..., de algún príncipe eclesiástico?...

—No puedo contestarle aún con certeza; mi falta de salud no me ha permitido compulsar los datos que tengo...

—Ahora recuerdo yo—añadí—la insistencia extraña en imaginación tan fértil y tan varia cual la de Tirso de Molina, en tratar nada menos que en treinta y una comedias el tema de las rivalidades fraternales, sus interesantes *segundones y bastardos*...

—Se ve, sí, que era la espina que llevaba en el alma...

—¿Se deberá á su origen, también, su profesión eclesiástica? Ya sabe usted aquello que se decía de «bastardo: mar, iglesia ó casa real...»

La insigne escritora, que gusta de la afirmación probada y concienzuda, respondió solamente con una enigmática sonrisa, que le dió un aspecto de simpático idolillo egipcio...

E. GONZALEZ FIOL

FOTS. CAMPÚA

## EL PAÍS DE LA PESADILLA:



PARA que todo en esa tierra feroz é ingrata de Marruecos, que tan cara nos cuesta, respire hostilidad, nos infunda odio y sea fuente de inquietud y musa de pesadilla para nuestro pueblo, cuando debiera irradiar simpatía y agradecimiento, si no amor fraternal, no solamente por los bienes que nuestra misión civilizadora, impuesta por Europa, le proporciona á costa de un imponderable sacrificio, pues provincias enteras tenemos por acá que quisieran, por necesitarlos, beneficios que á la postre á todos nos alcanzarían y que por allá prodigamos sin regateos á comarcas, sobre menguadas, traidoras, sino también por las relaciones y afinidades étnicas que, como ha advertido muy bien el sabio orientalista Dory, en su *Historia de la España árabe*, enlazan los intereses españoles con los marroquíes, desde que el Rif, bajo el nombre de Principado de Nacor, perteneció á la España musulmana, por habérselo arrebatado á los fatimitas el gran Califa de Córdoba Abderramán III; para que todo en aquel territorio se nos presente brumoso y enigmático, Tánger, la ciudad toda luz que nuestros artistas miraron siempre como un bello ensueño estival, cual una poética fantasía de color, cual una hermosa ciudad andaluza que hubiese saltado el Estrecho para enamorar al sol africano; la Traducta Julia, como la denominó Claudio, que bajo la dominación romana fué agregada á España por

el Emperador Otón con el resto de la Mauritania Tingitana, así llamada por ser Tingis su capital, y entre cuyas principales ciudades estaban ya Abyla (luego Septa, hoy Ceuta) y Lixis (Larache); la antigua Tingis, conquistada por los vándalos, y española también bajo el imperio gótico, sometida al Señorío de Septa; Tánger, á cuya posesión cometió el error ó el acierto de renunciar para España, igual que al propio Tetuán, tan gloriosamente ganado con sangre española, el insigne caudillo O'Donnell, conformándose con haber cubierto de laureles nuestras armas y restaurado nuestro honor ofendido; Tánger, la modernísima ciudad, más que mora, ya europeizada, emporio mercantil, la mayoría absolutísima y fundamental de cuyos progresos á españoles es debida; Tánger, la capital diplomática del Imperio mogrebino; la urbe que, precisamente por esa capitalidad, símbolo de ponderación, de mesura y de corrección, debiera ser pregón universal del espíritu emprendedor de nuestra raza, tornavoz de nuestro prestigio en África, aval de nuestra entereza, de la escrupulosidad con que España cumple allí sus compromisos y de la lealtad con que colabora con Francia en la ejecución del europeo mandato; base de nuestra acción política y palanca de nuestro esfuerzo, ha empezado á ser refuerzo del odio musulmán, cuna del descrédito nuestro en el espíritu moro, traba moral y mate-

## TÁNGER, LA ENIGMÁTICA



rial—no hay sino mirar el mapa—para el desenvolvimiento de nuestro Protectorado y, naturalmente, nube inquietante para nuestro pueblo, al sospechar de Tánger dos peligros: uno, el de entorpecer nuestra misión pacificadora y encarecer su coste; el otro, ocasión de rozaduras con la vecina República en cuanto las malas artes de la ambición de una gran parte de los colonistas franceses abuse como ha llegado ya á abusar de la paciencia y de la serenidad de nuestros compatriotas.

Aconsejan la inclusión de Tánger en la zona de influencia de nuestro Protectorado, aparte nuestro derecho, entre otras razones históricas, topográficas y de todas clases, la de la eficacia para ejercerlo, si realmente es lo que se pretendió y se deseaba de nosotros al confiárnoslo, y una elemental previsión por parte de Francia, si en verdad estima nuestra colaboración, para mejor prestársela, y en evitación de rozaduras si en verdad no abriga ocultos propósitos de animadversión para nuestra patria, si ciertamente estima nuestra amistad como España la suya y desea la paz con nuestro país.

Cuando las destemplanzas de los colonistas franceses empezaban á destemplan la pluma con que un periodista español debe tratar el problema de Tánger, llega á nuestras manos el último número de *L'Echo de Paris*,

con un interesante artículo, haciendo constar la solidaridad de los intereses económicos de su país y el nuestro.

«En el terreno político—dice—, la única cuestión pendiente entre ambos países es la de Tánger, y no es en modo alguno insoluble.»

Pide un gran esfuerzo recíproco para mejorar las relaciones entre los Gobiernos francés y español para llegar, en lo político y en lo económico, á una inteligencia duradera y seria. «Francia, que ha testimoniado siempre á España tan benévola simpatía—concluye—, sabrá realizar toda clase de esfuerzos para llegar á la inteligencia tan deseada.»

Esta simpática excitación del gran diario parisién temple nuevamente nuestra pluma y nos reduce á desear que ese artículo sea fiel reflejo de la pública opinión en Francia.

Y á desear que nuestro Gobierno tenga el tino de aprovecharla, siguiendo la atinada orientación que le dió, con la aquiescencia unánime del Senado, el marqués de Alhucemas en el vidrioso problema de Tánger, que es de desear que deje de ser problema para Francia y España, en bien de ambas naciones.

E. B. C.

FOTS. CAMPÚA



## LA MODA FEMENINA



## REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

QUIERO salir de París. Tres días llevo con esta preocupación, y lo que primero fué leve deseo, amenaza convertirse en verdadera obsesión.

El hecho de no hallar motivo que justifique tal capricho, lejos de amortiguar mi afán, le aumenta considerablemente. Por supuesto, que cuanto se diga de la fuerza de la lógica y de la razón, es falaz. Por lo menos, en lo que á mí se refiere. ¿Qué mejor prueba que esta obsesión mía?

Hace dos meses me sentía desfallecer espiritualmente en España. Todo lo de nuestro país, desde el Gobierno hasta la suciedad de las calles y el decorado interior de las casas, se me antojaba, no sólo defectuoso, sino insoportable. Hoy, en cambio, y luego de haber gozado las delicias de esta vida ultracivilizada, cuando precisamente deberían de parecerme más odiosas aquellas faltas, mi alma languidece por lo que renuncié; lo que antes juzgué inadmisiblemente, ahora me parece gracioso; lo antihigiénico, pintoresco; lo ineducado, ingenuo; y en tanto hace quince días ensalzaba los encantos de la orilla izquierda del Sena y procuraba ofrendar á Dios mis oraciones en la iglesia de Saint-Germain des Prés, hoy me creo obligada á salvar la distancia que se-

para nuestro hotel del barrio de Passy, para asistir á los divinos Oficios en la iglesia Española de la rue de la Pompe.

Cambio tan radical fuera, desde luego, más convincente si respondiera á motivos siquiera apreciables. A la guerra de tarifas entre Francia y España, por ejemplo; pero esto de sufrir semejante metamorfosis moral sin razón alguna, me preocupa.

¿Quién había de decirme que mi debilidad patriótica pudiera llevarme al extremo de llorar de emoción á la vista de un cuadro de revista, *espagnolade* exagerada que más bien hubiera debido provocar mi indignación; y que un torero, verdadero *toreador* de guardarropía, feroz esgrimidor de una faca clásica, había de encender de noble entusiasmo mi corazón? ¡Yo, que no he podido ver á los sostenedores del «Arte nacional» ni siquiera en las primeras demostraciones de su destreza, ó sea en la suerte de capa!

Y lo sensible del caso es que esta inesperada pero deprimente nostalgia no lleva trazas de curarse mediante el infalible remedio de un retorno á la patria, merced á la inoportuna alteración de salud de la tía Adelaida. Tal dolencia antójase desproporcionada, desde luego, al pánico que se ha apoderado de la pobre tía; pero imposibilita mi deseo de abandonar París por el momento, y me obliga á acompañarla en busca de distracción á visitar los teatros, á ver á madame Sarah Bernhardt hacer gala de su eterna, envidiable juventud: su última *tournee* le ha quitado veinte años de encima; á presenciar las escenas de amor, empalagosas ya en fuerza de ser repetidas, entre Sacha Guitry y la encantadora Ivonne, y á celebrar la gracia de movimientos de Mistinguett en sus nuevas danzas,



así como el gesto imponderable de esta gran artista en su nueva creación del *J'en ai marre*.

Y cuando no es esto, á recorrer los talleres de los grandes modistos, cuya facultad de inventiva parece hallarse á punto de evaporarse: tan nimios son los cambios que en los trajes femeninos introducen. Sin embargo, el gusto estético de algunos de ellos se destaca aún vigoroso y lozano.

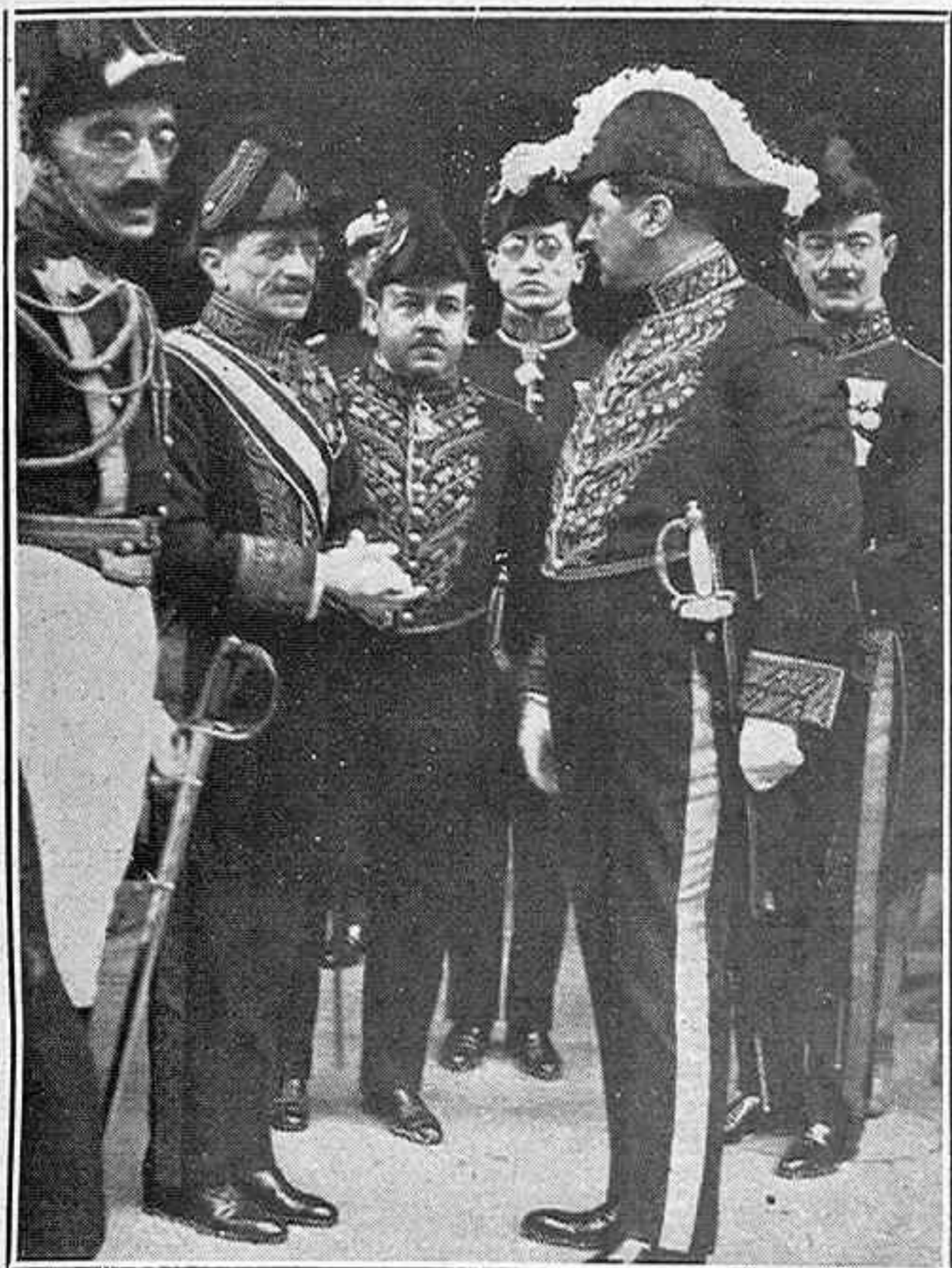
Dígalos si no un lindo modelo recién salido de ese arcano modistil que es la rue Saint-Honoré, que acabamos de admirar; un modelo de

tarde, de amplia falda de seda beige ornamentada, al pie de una greca de lo mismo y una exquisita levita entallada, de terciopelo de idéntico tono, abierta delante para dejar admirar, ¿qué digo admirar?, contemplar con reverencioso temor un chaleco dieciochesco perfectamente ¡auténtico!... Uno de esos chalecos que en el pasado llevaban los hombres, y que hoy luce la mujer, con una indiferencia por el mérito artístico y crematístico de la prenda que á mí me deja en absoluto anonadada.

Los anticuarios del boulevard Saint-Germain y la rue Bonaparte, que con tan amoroso gesto y elevado precio pretenden convencernos del inmenso valor de estas piezas de museo, deben de estar haciéndose cruces ante la osadía de quienes á tales desmanes se atrevieron...



DE NORTE A SUR



El ministro de Méjico, D. Miguel Alessio Robles, que en misión extraordinaria ha visitado recientemente á S. M. el Rey  
FOT. CAMPÚA

Para dar las gracias á España, en nombre del Gobierno de Méjico, por el envío de la Misión especial que fué á dicha nación con motivo del centenario de la Independencia, visitó días pasados á Su Majestad el Rey Don Alfonso el ministro del citado país, D. Miguel Alessio Robles, nombrado embajador extraordinario para este encargo oficial. Acompañaron al distinguido diplomático á la regia audiencia el conde de Velle y los secretarios de la Misión. Nuestra página registra esta nota en extremo halagüeña para las relaciones de España con la culta República americana.



**DANIEL VÁZQUEZ DÍAZ**  
Ilustre pintor, que ha obtenido un gran éxito en una Exposición de sus cuadros en Barcelona

En Barcelona, donde hay siempre un ambiente propicio á todas las amplias orientaciones estéticas, ha obtenido el ilustre pintor Daniel Vázquez Díaz un gran éxito de público y de crítica con la Exposición de sus obras en el Salón Dalmau. Los artistas barceloneses han adquirido por subscripción el cuadro *Rafaelito* para donarlo al Museo Municipal. Plandiura, el inteligentísimo *amateur* á cuya colección es necesario acudir siempre que se quiera encontrar ejemplaria documentabilidad de la evolución de la pintura catalana pretérita y presente, ha adquirido también otras dos obras de las más representativas de Vázquez Díaz. Y este éxito es tanto más laudable, cuanto que Vázquez Díaz es uno de esos artistas puros, no del todo comprendidos, que sacrifica su vida á su arte.



Grupo de escritores y artistas, organizadores del «Primer Salón de Humoristas» de la Habana, que se ha celebrado con un éxito extraordinario, y en el que se destacaban las obras de los artistas cubanos Massaguer, García Cabrera, Sirio, Blanco, Lillo y otros



**BIENVENIDO FRANCI**  
Baftino del Teatro Real, que está obteniendo grandes éxitos

El ilustre escultor valenciano Vicente Navarro, que tiene tan decisiva significación en el actual renacimiento escultórico, ha hecho con destino al Gobierno Civil de Barcelona, por encargo especial del Sr. Martínez Anido, un busto de S. M. el Rey, donde son de admirar por igual la maestría técnica y el exacto parecido. En la amplia iconografía de nuestro Monarca este bronce del joven maestro ocupa uno de los primeros y destacados puestos. La factura sobria y segura, el dominio del *métier* que caracteriza á Vicente Navarro, se encuentran en esta obra, que es una de las mejores.



«Retrato de S. M. el Rey», escultura del ilustre escultor D. Vicente Navarro, destinada al Gobierno Civil de Barcelona



Detalle de la artística fiesta de Navidad celebrada por el grupo escolar «San Eugenio y San Isidro», de Madrid, del que es directora doña Pilar Huguet

FOT. ZAPATA

42  
23  
24  
y 10

## LA ABEJA DE ORO

SABÉIS dónde nació la Pulgarcilla? ¿Dónde vivió Caperucita encarnada? ¿Conocéis la región maravillosa en que moran los silfos y las hadas y los corazones sencillos?... Pues allí, ya á lo último, tenía Floro su casa, su mujer y su hija. Un sendero medio oculto entre la hierba iba desde el jardín hasta el bosque, y después del bosque empezaban otras tierras pobladas por otras gentes. Pero siendo la casa tan blanca y tan risueña, el jardín tan lindo, tan dulcemente rumoroso el bosque... y la mujer tan buena, ¿quién querría andar aventuras y pisar caminos extraviados? Y el loco que lo hiciera, ¿no había de volver si le llamaba una vocecita fresca y riente, la voz de aquella hija, á buscar la alegría en su límpida mirada?

Cogidos de la mano, Floro y Marta caminaban un día por el sendero, él con los ojos fijos en el suelo, ella mirándole y llorando. La niña salía de casa detrás de ellos. Hablaba con los blancos jazmines, con las humildes margaritas; hablaba también con los patos, los pollos y los ánades que encerraba la cerca.

—¡Adiós!—les decía—Tenéis que despediros todos y decir adiós cada cual como pueda. Vosotras inclinad la cabeza y enviad vuestro aroma. ¡Adiós! Vosotros no sois mudos; por un puñado de maíz armáis escándalo; bien podéis hablar hoy. Por la chimenea sale un penacho de humo... La llama del hogar le envía para que salude... ¡Mirad los manzanos cómo mueven sus ramas. ¡Adiós!

Desde la fuente creyó la niña que llegaba hasta ella una voz que decía: «Te vas tú, Blanca? ¿Te vas de aquí?» Y Blanca volvió junto á la fuente, para contestarla: «No. Es él el que se va. Es padre. Quiere encontrar la abeja de oro, y va muy lejos... Yo siempre estaré con vosotros, y madre también... Esperaremos mucho..., mucho tiempo, y cuando vuelva, padre no estará triste.»

Hacia mucho tiempo que padre estaba triste. Le habían hablado de la abeja de oro, la inmortala y única que vive cerca de las altas montañas y que lleva en sus alas todas las alegrías y todas las venturas. Con ella, sabía Floro que revoloteaban las hadas de la felicidad; sabía que al que la poseyera, las propias hadas venían á entregársele como servidoras. ¡Y él había pasado tanto tiempo sin sospechar que podía ser dichoso, que una suave brisa podía llevar consigo todos los bienes de la vida! Desde que lo supo, la miel, para él, era amarga; el verde bosque poblóse de duendes enemigos; las risas de su hija resonaban dolorosamente en su corazón.

—¡Si has de morirte aquí—le dijo Marta—, vete!

Y aquel día se marchaba. Jazmines y margaritas quedaron balanceándose en sus tallos; graznaron los patos; toda la grey del corral lanzóse á la murmuración. De un vuelo huyó Blanca sendero arriba, y acudió á los brazos de su padre, Marta le besaba también llorando.

—¡Por qué lloras?—dijo Floro—¿No ves brillar algo sobre mi frente? ¡Pobre de ti, que no tienes esperanza!

Y se entró en lo más espeso del bosque, y



las dos pobres volvieron hacia su casa. Y aquella noche, como otras muchas que siguieron, la madre no durmió y la niña soñó con que los ogros resucitaban y volvían á perturbar la tierra. Entre tanto, Floro corrió tierras y tierras, y llegó, por fin, á la que buscaba. Sobre el suelo más árido y baldío, bajo un cielo cruel, sufriendo los vientos, armados de agujitas de hielo en el invierno y de llamas desoladoras en verano, sin un árbol ni una flor, vivían muchos que, como Floro, lo habían abandonado todo para conseguir su sueño. El mundo no les preocupaba; no tenían reyes, ni jueces, ni soldados, porque vivían de una esperanza, y ella era su gobierno, su justicia y su fuerza. Habían armado altas torres con amplios ventanales, y el de construirlas era su único trabajo. Luego subían á ellas y clavaban los ojos en el cielo.

Desde las altas é inaccesibles montañas, llegaba todos los días la abeja de oro. Revoloteaba sobre las torres, sin posarse en ninguna. Era muy pequeña, pero tan brillante que dejaba tras de sí un rastro luminoso.

Floro hizo también su torre. ¿Cuánto tiempo esperó en ella? Hundiósele los ojos y adquirieron un brillo trémulo sus pupilas, siempre inquietas, persiguiendo el caprichoso vuelo de la abeja de oro. Crecieronle las barbas y se volvieron canas; su traje se deshizo, y su cuerpo también. ¿Cuántos años pasó esperando? ¿Cuántas torres se desmoronaron mientras él velaba en la suya? Tanto tiempo había pasado, que se agotaron las lágrimas de Marta. Estaba ya muy vieja; y un día dijo á Blanca:

—Tu padre vendrá, sí. El no nos ha engañado, pero yo iré á buscarle.

—¡Iremos, madre—contestó Blanca—. Iremos las dos. Pedro, que es tan bueno, querrá

acompañarte también.

Estaba Blanca tan hermosa como la propia juventud. De su hermosura no la hablaban ya ni las violetas ni el rumor de la fuente, sino los ojos amorosos de Pedro. Cogieron ella y él á la madre, cada uno de una mano, y corrieron tierras y tierras, y llegaron, al fin. Era al anochecer, y las sombras agrandaban las torres, que parecían encantadas. Subieron corriendo la escalera, y se detuvieron detrás de la puerta.

—Está dentro, madre—dijo Blanca—. Por entre las rendijas veo una viva claridad; ha encendido la luz.

Corrieron todos locos de alegría; empujaron la puerta, y se precipitaron en la habitación. Una lumbrera dorada é ideal la iluminaba, é iluminaba también el espectro de Floro. Tenía las manos extendidas, los ojos extraviados, y sonreía..., sonreía, sí, pero no á ellos. Asomándose por el ventanal, de par en par abierto, estaba la abeja de oro. La luz era ella misma. Cerraron los ojos deslumbrados, y quedaron inmóviles; pero no habían entrado en silencio. Al golpe de la puerta, la abeja de oro revoloteó aturdida y dió sobre los cristales con sus alas. ¿Qué misterioso rumor llegó hasta los oídos del pobre Floro? Tintineó en ellos un instante, y luego no oyó sino el volar de las alas de oro en el espacio. ¡La deseada había huído para siempre, y allí que-

daba sólo su luminosa estela!

Desoladas, se echaron en sus brazos la mujer y la hija. Querían ellas consolarle; pero ¿cómo atreverse á hablar palabra? «Venimos por ti, Floro.» «Venimos por usted, padre. Volveremos á casa todos. Nos aguarda en ella la felicidad.» Esto pensaban decirle; pero habían aventado su fortuna y asesinado su esperanza.

—Los que me quieren son los que me han herido—dijo el pobre.

Y se dejó llevar en los brazos de su hija y en los brazos más robustos de Pedro. La madre iba detrás, y algunos infelices, rotos y consumidos, los acompañaron largo rato. Reían sordamente, y luego volvieron á sus torres á esperar un nuevo día.

Ya estaba el viejo en el viejo sitio junto á la campana del hogar. Había vuelto á la casa, y seguía con los ojos inquietos las chispas que escapaban chimenea arriba. Todas le recordaban el ideal perdido. Inmóvil y sin ánimos para andar por el cuarto, soñaba con lanzarse á la aventura de sorprenderle en las altas montañas y poseerle por astucia ó por fuerza.

—Los dos iremos pronto—le decía Marta—á ese su palacio encantado. Verás cómo tú y yo moraremos en él y todas las hadas estarán junto á nosotros.

Y Pedro, cogiendo entre las suyas las dos manos de Blanca, la decía:

—¡Afanarse en buscar la abeja de oro, para que ella traiga todas las dichas! ¡Si esa virtud la tienes tú! Oigo en tu corazón el aleteo de los élitros de oro; tu cabellera resplandece, y en tus pupilas está la luz que todo lo hermosa.

LUIS BELLO

DIBUJO DE BARTOLOZZI



¡NO!

NO INSISTA USTED  
SI NO TIENE

AGUA DE  
COLONIA  
AÑEJA

FRASCO 2 50

PERFUMERIA GAL-MADRID



VIDA ARTÍSTICA

EXPOSICIÓN AGUADO ARNAL



RAFAEL AGUADO ARNAL

Notable artista aragonés, que está obteniendo un éxito con la Exposición de sus obras en el Ateneo de Madrid

L ENTAMENTE, con una perseverancia bien orientada y capacitada por positivas cualidades de pintor, Rafael Aguado Arnal va conquistando la atención del público y de la crítica hacia sus obras.

No se trata de uno de esos artistas vocingleros y ocasionales que buscan el triunfo con la extravagancia arbitraria ó el pastichismo á ultranza. No. Es un artista serio, concienzudo, afiliado desde el primer momento en una tendencia realista de indiscutible filiación española.

Aguado Arnal es aragonés. Forma parte del grupo de pintores y escultores que la generosidad amplia y el entusiasmo contagioso de Zuloaga supo reunir hace varios años en Zaragoza bajo la advocación de Goya.

Desde entonces la firma de Aguado Arnal nos es familiar en las Exposiciones Nacionales, en los Certámenes del Círculo de Bellas Artes, en las exhibiciones particulares, donde á través de las obras sinceras y cordiales se adivina su espíritu sencillo, franco, de espontánea claridad afectiva.

Pero hasta ahora, con la Exposición del Ateneo, no pudo formarse cabal idea de la personalidad del joven artista aragonés. Veamos paisajes aislados, cortes de figuras, *vidas en silencio*—como dicen los alemanes—, que acreditan su virtuosismo y sus notables condiciones.

Es esta Exposición la que mejor le define y concreta. Rafael Aguado ha reunido en el saloncito del Ateneo treinta y cinco cuadros y unos cuantos estudios. La mayoría paisajes. La característica de Aguado Arnal es el paisaje. Observador fiel de la Naturaleza, recorre frecuentemente las tierras castellanas, los viejos pueblos próximos á Zaragoza ó á Madrid, y traduce su visión personal en estos lienzos, que se titulan *Plazuela del Rastrillo*, *Calleión de Córdoba* (Toledo), *Casucas*, *Un puente del Manzanares*.

En las obras de figura se destaca el *Autorretrato* y *Una gitana*, donde las cualidades de Aguado Arnal—sobriedad, respeto al natural, concisión cromática—se manifiestan elocuentes.

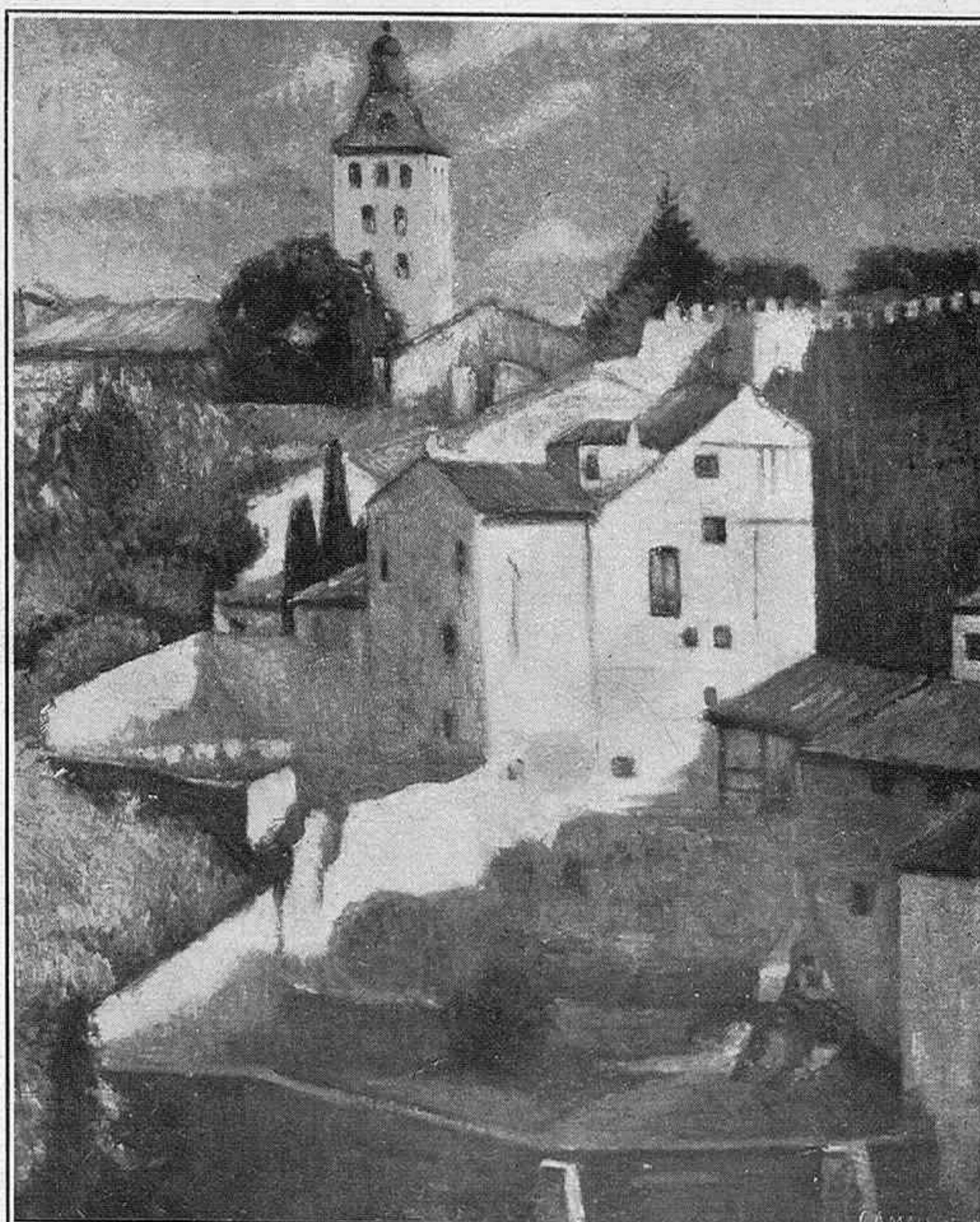
Y nada tan grato para nosotros como elogiar esta labor entusiasta y tranquila de un artista que sigue honrada, lealmente, su camino.



«Una gitana»



«Puerta de las Donadas» (Segovia)



«Casas viejas» (Segovia)

EN BREVE

# La locura del "frustero"

NOVELA DE LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POR

## "EL CABALLERO AUDAZ"

Precio: DOS pesetas

Los pedidos á Editorial «MUNDO LATINO», Apartado 502, ó á la Administración de PRENSA GRAFICA, Hermosilla, 57.

# CONSERVAS TREVIJANO

## LOGROÑO

### NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

## Misterios de la Policía y del Crimen

:: PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN ::

**El amor que vuelve.** Novela, por Guido da Verona. «Mundo Latino». Madrid, 1921.

**Gaviotas y golondrinas.** Novela, por Leopoldo López de Sáa. «Mundo Latino». Madrid, 1921.

**Una colonia sobre un volcán.** Novela de aventuras, por Fenimore Cooper. Traducción de E. González-Bianco. «Mundo Latino». Madrid, 1921.



¡Alto! La PECA-CURA ó la vida.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. — 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

### ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

## LA TISIS PUEDE SER CURADA



Dr. Derk P. Yonkerman, quien ha Descubierto una Cura Maravillosa para la Tisis

Aunque parezca maravilloso, después de siglos de tentativas infructuosas, una curación para la Tisis ha sido por fin encontrada. Después de veinte años de investigaciones sin límites y ensayos en su laboratorio, el ahora renombrado especialista, Dr. Derk P. Yonkerman, ha descubierto un específico, el cual ha curado la mortal Tisis, aun en los períodos más avanzados. En muchos casos, aunque todos los otros remedios experimentados habían fallado y cambios de clima no podían impedir el progreso de la enfermedad, este maravilloso específico ha probado finalmente su poder en curar.

Cualquiera que pueda ser su posición en la vida, si usted tiene Tisis ó sufre de Catarro, Asma, Bronquitis ó cualquiera otra enfermedad de la garganta y los pulmones, esta curación está á su alcance, pues es un tratamiento doméstico, que no necesita interrumpir de ninguna manera sus ocupaciones diarias. Investigue por sí mismo su poder curativo.

### Absolutamente Gratis

Mande solamente su nombre y dirección á la Derk P. Yonkerman Co., Ltd., Departamento A 85 118/120, Fleet Street, Londres, E. C. 4, Inglaterra, y la Compañía le mandará un libro instructivo, describiendo detalladamente la Tisis, Bronquitis, Asma, Catarro y otras enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones.

No vacile ni se demore, si usted tiene alguno de los síntomas de la Tisis. Si usted tiene Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfrió en los pulmones, ó alguna enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy por el libro gratis y ocúpese antes de que sea demasiado tarde

## Carne de membrillo JUSTO ESTRADA PUENTE GENIL

## SENOS

Desarrollados, Reconstituidos, Hermoseados, Fortificados con las **Pilules Orientales** el unico producto que en dos meses asegura el desarrollo y la firmeza del pecho sin perjudicar la salud. Aprobado por las notabilidades medicas.

J. RATIÉ, Pharm. Paris. Un frasco se remite por correo, enviando 7,50 pesetas en libranzas ó giro postal á CEBRIAN Y C<sup>o</sup>, Lauria, 26, Barcelona. De venta en Madrid Gayoso, Arsenal 2; en Barcelona Oliver, Hospital 2

## TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

## Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA  
Despacho: Unión, 21



En todas edades



## LA CRÈME SIMON PARIS

no tiene rival para el cuidado y embellecimiento de la piel. Extenderla sobre la epidermis húmeda.

POLVOS y JABÓN



## OBRA NUEVA LA RAIZ FLOTANTE

NOVELA

## DE JOSÉ FRANCÉS

QUE REFLEJA LA VIDA, EL PAISAJE Y EL ESPÍRITU DE ASTURIAS

PRECIO: CINCO PESETAS TODAS LAS LIBRERÍAS

## SEDLITZ CH. CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhydro puro, Acido Tírrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADOBILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de la SANGRE  
PREPARADO POR URIACH C<sup>o</sup>, 49, Bruch. BARCELONA

### SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjase á esta Administración, Hermosilla, 57

# La paz del camino

por

"El Caballero Audaz"

(Dibujos de Federico Ribas)

es el título del número que

# LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

En la República Argentina  
LA NOVELA SEMANAL  
se vende con el título de  
LA NOVELA ESPAÑOLA  
Está de venta en todos los  
puestos de periódicos y en casa  
de los Agentes de Prensa Gráfica  
en la República Argentina  
Sres. Ortigosa y Compañía,  
Rivadavia, 698, Buenos Aires

# ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

## ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.



Patente española  
número 53.883



Patente inglesa  
número 21.538

# HOMBRES

LO MEJOR PARA LA BOCA  
ALCOHOLATO  
ELIXIR DENTÍFRICO  
CURA DOLOR DE MUELAS  
Carmen, 10, Alcohólera

El vigor sexual en todas las edades se consigue "VIRILITY" con el aparato patentado también en otros 8 Estados más importantes del Mundo. Para convencerse, pida Ud. el folleto de 20 páginas del Dr. méd. Schiller, C. E. Geiger, Bertrán, 104, Barcelona.

# Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios **Anusol** Goedecke

que se introducen en el recto. **Anusol Goedecke** hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. **Anusol Goedecke** calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pídanse en farmacias el único y legítimo **Anusol Goedecke** y rechácese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "**Goedecke**" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.

## EL SECRETO

Novela dramática  
de intensa emoción

por E. Contreras y Camargo

ACABA DE PUBLICARSE  
TRES PESETAS EN TODAS LAS LIBRERÍAS

DEL MISMO  
AUTOR

## DELITOS DE AMOR

OBRA DE GRAN ÉXITO

3.50 pesetas en todas las librerías

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID  
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



EVITA LA CAIDA DEL PELO  
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO  
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Concesionarios exclusivos de LA ESFERA para la República Argentina:  
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, BUENOS AIRES